

CLARK CARRADOS

EL ORO DE LAS ESTRELLAS

El oro de las estrellas

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/075

CAPÍTULO PRIMERO

El individuo no corría por no llamar la atención, pero su paso era muy vivo, apenas lo justo para no ser una carrera franca. Pero era evidente que tenía miedo.

El miedo de Junius Harper, más conocido por «Manitas» en el inframundo del hampa, hubiera podido escribirse con mayúsculas, tan grande era.

«Manitas» Harper no daba descanso a los músculos de sus piernas, moviéndolas rápida y rítmicamente, en su huida, porque «Manitas» Harper huía de quién le había provocado el miedo.

Harper era un hampón de baja estofa, lleno de innumerables vicios, uno de los cuales no era precisamente la lealtad a sus compañeros de degradación. Diciéndolo en pocas palabras, «Manitas», además de ladrón, carterista, asesino en ocasiones y unas cuantas cosas más, era confidente de la policía.

Ésta no le había podido probar sus asesinatos, por lo que «Manitas» Harper seguía en libertad. Y sus robos eran relativamente tan de escasa cuantía, que sus servicios como soplón se consideraban mucho más valiosos. Por esto se encontraba en la calle, en lugar de vigilar una desmenuzadora de pecblenda en las minas subterráneas de Plutón.

El sudor corría copiosamente por las sienes y las mejillas, hundidas, demacradas, de Harper, empapándole el cuello de la sucia camisa que

vestía. Pero el hampón no podía limpiárselo por la sencilla razón de que tenía las manos muy ocupadas. Y muy apretadas contra el pecho. «Manitas» Harper llevaba algo escondido, algo que quería sólo para si, sin repartir con nadie, pero sabía que era muy difícil que pudiera disfrutar de las ganancias de aquel objeto que tan celosamente guardaba.

Abandonando la calle principal, se metió por una transversal, y luego por otras, cada vez más estrechas, sombrías y mal olientes. Harper conocía como nadie aquel dédalo de callejas que constituían un absceso de pus permanentemente abierto en la epidermis de la gran urbe; pero también sabía que sus perseguidores conocían, igual que él, el dédalo de callejones en que trataba vanamente de ocultarse.

Finas gotas de lluvia caían del encapotado cielo, lavando el asfalto. Parecía no tener importancia el aguacero, pero al cabo de poco tiempo las ropas quedaban totalmente empapadas. Sin embargo, Harper no notaba sobre si la humedad que ya le calaba hasta los huesos.

Las gotas de lluvia se confundían, en su ratonil rostro, con las de sudor. Y, a pesar de todo, Harper no soltaba el objeto que llevaba encima, aplastándolo cada vez más contra su pecho, como si aquello constituyera el afán de toda su vida.

A cada paso que daba, las calles eran más estrechas y peor iluminadas. En cierto modo, las grandes urbes no habían variado con el paso de los siglos; continuaban con sus barrios viejos, cargados de historia y de suciedad y en los que circular después de la puesta del sol, requería una dosis de valor poco común, o una natural inclinación al suicidio.

La lengua de Harper asomó, paseándose por sus exangües labios. El corazón batió en su pecho con fuerza. Sus manos se crisparon, enérgicamente, en torno a la cosa que llevaba.

Se detuvo un momento, tratando de insuflar un poco de aire a sus ya fatigados pulmones. Miró en torno suyo, y no vio más que un par de presurosos transeúntes, ansiando llegar cuanto antes a sus casas. El silencio era absoluto, roto únicamente por los ruidos de la gran ciudad que llegaban muy amortiguadas, a aquel lugar.

Recuperado en parte el aliento, Harper reanudó de nuevo la marcha.

Pero apenas lo había hecho, cuando se detuvo, en tanto que de sus labios salían un ronco grito.

Una persona había surgido ante él, de la noche y de la lluvia, como un

silencioso fantasma. El negro impermeable que vestía el individuo contribuía aún a aumentar la espectral sensación de Harper.

Éste dio media vuelta y trató de echar a correr, mas otro personaje de idéntico aspecto al anterior le salió al paso. Era de noche y no se podía ver, pero el rostro de conejo de Harper tomó un espantoso tono gris.

Balbució unas inconexas palabras de espanto.

Dio dos pasos hacia su izquierda y un tercer personaje entró en escena. Los ojos del ladrón se dilataron.

—¡No, no! — murmuró, invadido de un miedo cerval—. ¡Yo no...!

Una voz suave cortó sus balbuceos:

—¿Tienes miedo de nosotros, «Manitas»? ¿Por qué, si somos tus amigos?

—Yo no tengo amigos. Vosotros no lo sois míos. ¡Dejadme marchar!

—Claro que te dejaremos marchar, «Manitas».

Pero no sin que antes nos hayas entregado ese objeto que custodias ahí, sobre tu pecho, con tanto celo.

—¡Jamás! ¡Jamás haré lo que decís! ¡Es mío, mío...! —lloriqueó el confidente.

—¿Y quién te dice que no lo sea, «Manitas»? Si nosotros lo queremos, no es para despojarte de él, sino para cuidarlo mejor que tú lo harías, ¿comprendes?

—Yo no comprendo nada. Yo no sé nada. Lo único que quiero es que me dejéis irme en paz.

—Claro que lo haremos, «Manitas» — continuó el otro, con su vez dulce y persuasiva.

Avanzó hacia el hampón y alargó su mano izquierda. Harper retrocedió.

Pero solo dio un paso hacia atrás; su espalda chocó de pronto, contra otro de sus perseguidores. Unas manos le sujetaron fuertemente por ambos brazos.

—¡No, no! Soltadme, no quiero...

El grito de angustia de Harper se transformó súbitamente en un horrendo gorgoteo, cuando la mano del primero pareció acariciarle la garganta. Un caño de sangre brotó al instante de la misma.

Las piernas del ladrón se agitaron espasmódicamente, en las últimas ansias de la agonía. Fríamente, el individuo que le había seccionado la yugular, limpió la sangre del cuchillo en las ropas del moribundo.

Se lo guardó a continuación, y después tomó de las manos de Harper aquel objeto.

—Ya lo puedes soltar, Lowry —dijo.

El montón de trapos en que se había convertido el cuerpo de Harper cayó al suelo.

—¿Lo cogiste?

—¿Lo has conseguido?

—Sí, aquí está. Vámonos.

Los tres asesinos echaron a andar, pero no habían dado media docena de pasos cuando una voz metálica, impersonal, les lanzó una intimación.

—¡Quédense donde están y levanten las manos hasta el cielo!

La calle seguía siendo tan oscura, pero los tres maleantes adivinaron al instante que sus cuerpos eran tan visibles como si estuvieran en pleno día. Media docena de reflectores de rayos infrarrojos los tenían enfocados implacablemente.

—¡Qué diablos...! —estalló uno de ellos, y trató de sacar un arma.

¡Craaak…!

Algo crujió siniestramente en la lluviosa atmósfera. El forajido se desplomó, convulso y pataleante.

—Ésta es nuestra primera y única advertencia. La próxima vez usaremos los látigos neurónicos al máximo.

Los otros dos individuos aún ilesos obedecieron.

Permanecieron inmóviles en el mismo sitio.

Varias sombras surgieron de las tinieblas. Una de ellas tomó, sin resistencia alguna, el objeto que había causado la muerte a «Manitas» Harper. Lo examinó atentamente y luego, satisfecho, lo entregó a uno de sus compañeros.

—Está bien— dijo al cabo—. Llévenlos a Jefatura. Mahoney, usted con ese trasto, vendrá conmigo.

Aquel «trasto» fue pasando de mano en mano hasta que al fin llegó a las de…

* * *

Copia de varios mensajes.

Al profesor Calvin Ratigan:

«*Ruégole participe urgencia posible si está dispuesto a formar parte expedición arqueológica estudio civilización tipo terrestre en planetas sistema Alfa Centauro. Sueldo y emolumentos a convenir, en ningún caso inferiores doble actual.*

Firmado: DR. M. N. SPENCER.»

A doctor M. N. Spencer:

«*Acepto hasta pagando dinero encima.*

Firmado: PROF. C. RATIGAN.»

Orden del Mando Central Robótica:

«*Robot K. B. 0007459-3D5 deberá pasar, en servicio de emergencia, al del Dr. M. N. Spencer.*

Firmado: T. N. López, Vicepres.»

Telegrama de Lars Crandon al Mando Central Robótico:

«*Kabé está la mar de bien con nosotros. ¿Por qué se nos lo llevan?*

Firmado: L. CRANDON.»

Respuesta del Mando Central Robótica al profesor Lars Crandon:

«*Su esposa precisa ahora cuidados enfermera especializada puericultura más que de «robot» humanoide. Kabé volverá su servicio regreso misión confiada.*

Firmado: T. N. LÓPEZ, Vicepres.»

Respuesta del profesor Crandon —entre dientes:

— ¡Que se vayan al cuerno!

* * *

El cohete procedente de las rojas llanuras del Oriente Medio tomó tierra, y se deslizó lentamente por la pista hasta hallarse enfrente de la estación terminal del aeródromo. Una escalera fue adosada a su costado, la escotilla se abrió y los pasajeros comenzaron a descender.

Con un maletín en la mano, un viajero caminó ágilmente hacia el edificio de la aduana. Le salí al paso.

—¿El profesor Ratigan?

Ratigan y yo nos miramos con curiosidad. Él vio en mí un buen mozo, de ojos azules, uno ochenta de altura y de unos «veinticinco» años de edad grabados en mi rostro. Yo, por mi parte, vi un tipo fornido, cuadrado, atlético, que más parecía un medio centro de un equipo de rugby que no una autoridad en arqueología prehistórica—. El profesor Ratigan llevaba el pelo cortado a escuadra, casi tanto como su cuadrada mandíbula, y sus ojos grises hablaban de energía y tenacidad, aún no desarrolladas totalmente en sus mal contados treinta y dos años.

—El mismo. ¿Tú serás entonces...?

—Exacto, profesor. El «robot» K. B. 0007459-3D5, a su servicio y al del doctor Spencer.

—Tu nombre es muy largo —refunfuñó Ratigan malhumorado.

—Puede simplificarlo llamándome sencillamente Kabé, profesor.

—¡Hum! —gruñó Ratigan—. Está bien. Tú me llevarás donde está el doctor Spencer, ¿verdad?

—Mucho me temo que si, profesor. Me asignaron el papel de auxiliar en la expedición y, al incorporarme a ella, vine antes al aeródromo. Me cogía de paso, ¿sabe?

—¡Una máquina, una máquina! — refunfuñó Ratigan, de malísimo humor, y puso el maletín sobre el mostrador de la aduana.

El empleado le hizo la pregunta clásica:

—¿Lleva algo para declarar, señor?

—Cuatro momias —masculló Ratigan.

El empleado sonrió y pasó la tiza por encima del maletín. Echamos a andar de nuevo, pero hacia el bar.

—Tengo ganas de tomar un «sandwich» y una taza de café —declaró el profesor—. ¿Tú también, Kabé?

Hice caso omiso de la ironía.

—Aparte del uranio de la pila, profesor, solamente utilizo el aceite especial para «robots» de la Standard Oil. Es el que más gusta, ¿sabe?

Ratigan soltó un bufido y se acomodó en el mostrador. Me quedé respetuosamente a un lado. No hay que olvidar, en ningún momento, que yo soy una máquina y él un hombre.

De pronto vi que los ojos del profesor estaban mirando algo por encima de la taza. Seguí la dirección de mi vista y todos mis circuitos se estremecieron.

Había una rubia en el lado opuesto del mostrador, ¡pero qué rubia! Alta, de formas esculturales, con el largo cabello de color miel, casi liso, cayéndole en largas ondas, vestía tan sencilla como elegantemente, y toda su atención estaba centrada en el refresco que tomaba en aquellos momentos.

Repentinamente el profesor sacó a relucir unas cualidades que yo ignoraba. Pidió un trozo de papel el «barman» y velozmente escribió en él unas cortas líneas.

«¿Quiere usted cenar conmigo esta noche?», y firmó enérgicamente.

Luego le dijo al «barman»:

—Hágame el favor de entregárselo a aquella señorita.

Ratigan acompañó el papel con un billete de cinco «garants».

El «barman» sonrió comprensivo y movió afirmativamente la cabeza. Llevó el mensaje.

Vi que la rubia leia el papel sin inmutarse. A su vez, pidió otro y escribió en él unas líneas. El «barman» continuó desempeñando su papel de Correo del Rey.

Había que ver la cara de lástima del profesor al leer la respuesta.

«Lo siento. Estoy ya comprometida para esta noche.»

La firma era ilegible, a excepción del nombre:

May.

—Me gusta — dijo Ratigan, con aire soñador—. ¿Y a ti, Kabé?

—Me permito recordar al profesor que soy, simplemente, una

máquina.

—Bueno, pero, ¿no te instalaron circuito de preferencias?

Mis labios de plástico iniciaron una suave sonrisa.

—Estoy de acuerdo en un todo con usted, profesor: es una chica guapísima.

—Yo hablaba del nombre, Kabé. No hay que tergiversar mis palabras.

—Pero pensaba en la rubia, profesor. No me diga que no es cierto.

Éste se amostazó levemente.

—Para ser una máquina, piensas con demasiada agudeza, Kabé.

—Lo siento, pero usted me pidió mi opinión, sin concretar.

—Si, es cierto, y todos tenemos derecho a darla. Hasta las máquinas, ¡qué diablos! Y, ¡qué mala suerte la mía! En fin, Kabé; el doctor Spencer nos estará aguardando y no es de buen tono consumir su tiempo. ¿Vamos?

La rubia, May, cuyo apellido no habíamos sido capaces de descifrar, se levantó al mismo tiempo y onduló hacia la puerta, acompañada por más de un silbido de admiración. Pero pasó por en medio de los hombres como una reina acostumbrada a recibir la pleitesía y el homenaje de sus súbditos: esto es, con plena indiferencia.

—Me habría gustado tener un estetoscopio a mano para poder auscultar al profesor; estoy seguro de que en aquel momento, su corazón marcaba 120 al segundo, y sus suspiros eran capaces de resquebrajar el concreto-plástic del pavimento y de las pistas de aterrizaje. Al fin, sustrayéndose al encanto en que había caído, echó a andar. La rubia estaba llegando ya a la entrada.

En el momento en que se disponía a cruzar el encristalado umbral, dos individuos aparecieron ante nuestros ojos, interceptando el paso a la rubia. Ésta se detuvo.

Instantáneamente me di cuenta de que aquellos dos fulanos querían algo de la chica y no por las buenas. Toqué con el índice el hombro del profesor.

—Jefe, vaya sacando el «tomahawk». Dentro de nada van a raptar a su rubia.

CAPÍTULO II

El profesor se encrespó como un gallo de pelea. Era rápido de comprensión, a pesar de su sabiduría —y digo esto, porque he conocido a muchas personas, grandes sabios, pero que, fuera de su especialidad, eran como leños— y, sin vacilar un momento, tomó su decisión.

Y yo su maletín. Fuera lo que fuera, se trataba de una pelea entre humanos y yo no podía intervenir.

(Articulo 1.0 de la Ley Robótica:

Ningún «robot» causará daño alguno a ningún ser humano, por ningún concepto, ni aun cuando ese ser humano estuviera atacando a otro de su mismo género hasta ponerlo en peligro de muerte.)

Me limité, pues, a ser mero espectador de la contienda, El profesor se fue hacia el trío, en el momento en que la chica movía la cabeza, denegando enérgicamente.

Uno de los tipos no debía tener mucha paciencia, digo yo; se hartó en seguida. Alargó su brazo y la tomó con fuerza.

Ella gritó, pero Ratigan estaba ya encima, echando venablos, sintiéndose heredero directo de todos los caballeros andantes que fueron.

Cogió al individuo por la garganta y le atizó un directo que lo envió inmediatamente al país de, los sueños. El otro lanzó un sonoro juramento.

Trató de sacar algo de uno de los bolsillos de su flotante chaquetón, un arma con toda seguridad, pero el profesor no le dio tiempo. Movió de nueva el pistón de su brazo derecho y una mandíbula crujió siniestramente. Aquello no dejó de satisfacerme.

Es una creencia lógica que; a mayor grado de civilización, mayor grado de comodidad. Esto contribuye a una vida fácil y muelle, los músculos se relajan, dejando únicamente paso a la actividad intelectual y... Pero, no; el profesor acababa de darnos una espléndida, demostración de cómo podían conjugarse fácilmente los músculos y el cerebro.

Maltrechos y renqueantes, los dos tipos abandonaron el campo, no sin antes proferir espantosas amenazas contra el tipo que les había aguado la fiesta. Ratigan —¿quién lo creyera?— les contestó en el mismo tono, y luego se volvió hacia la rubia.

—Muchas gracias —dijo ella, apresuradamente, y echó a correr hacia un monorrueda que estaba situado en la playa de estacionamiento. El profesor se quedó con la boca así de grande.

Hasta unos momentos después no reaccionó.

Cuando yo, a su lado, carraspeé discretamente, se volvió, increpándome:

—Podías haberme echado una mano, estúpido.

—Lo siento, profesor; poro no podía. Compréndalo; el artículo primero de la Ley...

—Lo conozco, lo conozco —refunfuñó—, y en mi vida he visto disposición más descabellada.

—Opino todo lo contrario, profesor —dije—. No podemos hacer daño a *ninguna* persona, ni aun cuando trate de matar a otra de su mismo género. Hacer una excepción sería quebrantar el delicadísimo equilibrio de nuestros circuitos electóni…

—¡Vuestros circuitos un cuerno! —masculló Ratigan—. Vámonos, o acabaré por estallar.

Un poco más allá estaba mi monorueda. Abrí la puerta, dejando que el profesor se acomodara y luego me senté en el asiento del conductor.

En el momento en que encontré un espacio libre, lancé la palanca de gas a fondo.

—¿Dónde vamos? —Inquirió Ratigan.

—Pues a casa del doctor Spencer —respondí—. ¿No recuerda que

tenemos que unirnos a él?

—Sí, claro —dijo entre dientes—. ¡Menudo pájaro debe de ser el tal individuo!

No hice ningún comentario; mi condición de «robot» me lo veda, a no ser que el humano a cuyo servicio esté me lo haya autorizado, y me estaba dando en mis circuitos que no gozaba de grandes simpatías por parte de Ratigan.

Al cabo de un par de horas de rápido viaje, desvié el vehículo de la electropista general, metiéndome por un estrecho camino, muy bien cuidado, pero que daba la sensación de estar construido para un particular. Cuando menos, tuve que conectar la energía propia para el monorrueda, al fallarme la que circulaba por la pista principal.

Caminamos unos cinco minutos por aquel camino, bordeado de copudos y frondosos árboles, y a su término hallamos un magnífico edificio, construido con todos los refinamientos arquitectónicos de la época, en un delicioso batiburrillo de colores que alegraron sobremanera mis circuitos visuales. Ratigan farfulló algo acerca de los sabios presumidos, con alma de «nababs» y saltó al suelo apenas nos detuvimos.

No salió nadie a recibirnos, ni el profesor pareció echar de menos el imponente mayordomo que debía haber aparecido, para que las cosas estuvieran a tono con aquella espléndida mansión, «dernier cri».

La puerta tardó en abrirse y cuando lo hizo, apareció en su umbral… ¡la rubia!

Mis circuitos se calentaron al rojo vivo. El profesor respingó.

En cuanto a ella, frunció el ceño.

—¿Qué especie de broma pesada es ésta, señores míos? —dijo muy incomodada.

Ratigan no parecía gozar tampoco de la virtud de la paciencia.

—No es ninguna broma, señorita May No-sé-cuántos-más. Vengo aquí porque alguien me citó en esta casa. El doctor Spencer, para ser más concretos. Me llamo Calvin Ratigan.

—¿Usted el profesor Ratigan? — exclamó ella sorprendidísima.

—Acabo de declararlo, señorita. Y ahora, ¿tiene la bondad de ponerme en contacto con el doctor Spencer?

—El doctor Spencer soy yo.

—¡Un rábano...! ¿Eh? ¿Cómo ha dicho? ¿Usted?

Una debilísima sonrisa se dibujó en los rojos labios de la chica.

—En efecto, profesor Ratigan. Supongo que el caballero que le acompaña debe ser el «robot» K. B. cero, cero...

—Llámeme Kabé simplemente, señori..., perdón, doctor Spencer —dije muy serio, pero temiendo que en cualquier momento se me hiciera polvo alguna de mis delicadísimas lámparas.

No estaban construidas para soportar tal género de sorpresas.

Ella volvió a sonreír.

—Está bien. ¿Quieren venir conmigo? —y se echó a un lado, dejándonos ver el interior de una mansión de pesadilla.

Como esas con las que sueñan los humanos en cuanto tienen un puñado de «garants».

Ratigan me miró y luego tragó saliva. Extendí la mano, sacándolo de su éxtasis.

—Usted primero, profesor.

—Gracias, Kabé — dijo, aún no muy convencido de hallarse despierto.

Siguiendo a la rubia, atravesamos una serie de habitaciones lujosísimas, pero en ningún modo chillonas, hasta llegar a una que parecía ser la biblioteca, a juzgar por los sillones y la gran mesa que había en su centro. Sin embargo, las paredes estaban desnudas, pero mis circuitos visuales captaron al instante las sutilísimas líneas de separación entre panel y panel. Sobre la mesa había una fila de pulsadores, con un número cada uno, y supuse que aquellas debían ser las llaves que abrían los distintos sectores de la biblioteca.

Ella oprimió uno y al instante se descorrió un trozo de muro, cuyo interior se iluminó, dejando ver una frigorífica en miniatura y un montón de vasos y botellas. Se fue hacia allí, pero yo me anticipé rápidamente.

—Por favor, doctor —dije—; esto me corresponde a mí. ¿«Scotch»? ¿«Bourbon»?

—Nada de eso, Kabé. Jerez, gracias.

Preparé las bebidas y las llevé a una mesita junto a la cual se habían sentado ya los dos científicos. Ratigan alzó su vaso.

—Por el doctor más hermoso que he conocido en mi vida.

Ella sonrió, indudablemente halagada. Correspondió al brindis.

—Por el profesor más tenorio que he conocido en mi vida —repuso, con lo cual puso fuertemente encarnadas las orejas de Ratigan.

Después de los primeros sorbos, ella dejó su copa a un lado. Me miró.

—Kabé, puedes sentarte con nosotros.

Puse en marcha los circuitos del agradecimiento.

—Muy amable, doctor Spencer—dije, obedeciendo.

Ella extrajo cigarrillos, y los dos humanos empezaron a nicotizarse los pulmones.

—Sin duda alguna, profesor Ratigan —comenzó diciendo la rubia—, querrá usted saber algunos detalles de la expedición que planeo, ¿no es así?

—Por supuesto, doctor Spencer —contestó.

Ella sonrió.

—Dejemos los tratamientos protocolarios para mejor ocasión. Eso de doctor, aunque lo sea, me hace sentirme muy vieja. Llámeme May, a secas.

—Lo haré con mucho gusto si me corresponde usted, May.

—Encantada, Calvin. Bien, pues empezaré diciendo que, antes de nada, es conveniente que usted examine una cosa.

May se levantó y, con el fácil paso que la caracterizaba, caminó hacia la mesa. Oprimió un botón, y un segundo panel del muro se descorrió, dejando ver un hueco de relativo poco tamaño. Allí había algo.

May apretó un botón y toda la estancia se sumió en la oscuridad. Sólo quedó iluminado aquel hueco, y no porque hubiera allí lámpara alguna. Lo que producía la luz era…

Ratigan tragó saliva. Yo no, porque no puedo, pero lo hubiera hecho de muy buena gana. Noté un aumento de temperatura en alguna de mis lámparas e instantáneamente puse en marcha el sistema interno de mi refrigeración.

—¡Diablos! —exclamó Ratigan—. ¿Qué es eso?

May sonrió satisfecha.

—Es… —y caminó hacia aquel objeto, pero yo me anticipé.

—Por favor —dije—; estoy aquí para servirles.

—Muy bien, pues, Kabé. Tráelo.

Me acerqué al hueco y examiné a mi sabor aquel objeto, que ya había causado la muerte de una persona y que fosforescía de modo tan extraño.

Era una estatuilla de unos veinte centímetros dé altura, que representaba una mujer de incomparable belleza, en posición sedente; hierática, majestuosa, como suma sacerdotisa de alguna religión remota y caída ya en el polvo del olvido. Sus líneas eran perfectas, sin tara alguna y, por si fuera poco, era de oro puro.

La tomé con infinita reverencia y gran esfuerzo, pues era muy pesada, y la deposité sobre la mesita. Ratigan se inclinó sobre ella, con el más profundo asombro pintado en su rostro.

Durante un buen rato no se oyó absolutamente nada en la habitación. Al fin, el profesor levantó la cabeza.

—¿Dónde la encontró usted?

—Es largo de explicar, Calvin…

—Desde aquí y sin temor alguno a equivocarse, puedo afirmar que esta escultura no pertenece a ninguno de los tipos terrestres de civilización que conocemos, May.

—Acertada suposición, Calvin. El escultor que fabricó la estatua no nació en nuestro planeta. Ni el oro tampoco fue extraído de ninguna de nuestras minas.

—¡Válgame el cielo, May! ¿Me va a decir usted que se ha hallado un mundo que no es el nuestro, habitado por personas como nosotros?

—Si está habitado o no, es cosa que de momento no puedo asegurar , Calvin, pero que allí hay mas, mucho más oro, y todo labrado y esculpido, de eso estoy absolutamente segura.

—¿Cómo lo ha sabido usted? Pero además, además, ¿se ha dado cuenta de las extrañas propiedades de este oro? Tiene luz propia y... ¡rayos, si casi podría servir para alumbrar una habitación!

—Esa es la característica más extraña de ese metal, Calvin, y la que junto con las otras, me ha movido a organizar la expedición al lugar donde fue hallado, con el fin de explorar ese planeta.

—¿Pero dónde está? ¿Porque los de nuestro Sistema están deshabitados; bueno, quise decir que allí sólo hay terrestres y...

Una leve sonrisa jugueteó en los labios de May al contestar:

—Ese planeta, Calvin, está fuera de nuestro Sistema. Concretamente en Alfa del Centauro.

El profesor dio un salto que lo levantó en vilo del asiento.

—¡Imposible! Pero si nadie ha podido ir allí, May... son cuatro años luz de distancia y...

—¿Me permite que le de algunas explicaciones, Calvin?

—Antes necesitaré otro trago —refunfuñó el profesor, totalmente desconcertado.

Entendí la indirecta y llené los vasos de nuevo. A decir verdad, yo también estaba intrigadísimo y tenía todas mis lámparas excitadas hasta el último filamento de tungsteno.

—Hace unos cuantos meses, una expedición organizada por la marina, topó con una astronave abandonada entre los hielos de Plutón. No había nadie, ni se pudo encontrar el menor rastro de persona viviente, por más esfuerzos que se hicieron —explicó May—. Y además del lógico afán de hallar a los posibles supervivientes, simplemente por humanitarismo, existía otro: el de averiguar quiénes eran, porque los seres que habían tripulado la nave aterrizada de mala manera, no habían nacido en la Tierra.

—¡Extraordinario! ¡Asombroso! Kabé —me miró Ratigan—, ¿qué dices tú a eso?

—Me hago un humilde eco de sus palabras, profesor —contesté.

May sonrió, encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Bien, el caso es que entre las cosas que se hallaron en la nave, apareció esta estatuilla. Ello sorprendió grandemente a los miembros de la expedición, cuyo jefe se hizo cargo de la misma. Dejando en Plutón un grupo de expertos para estudiar los desconocidos mecanismo la nave, regresó a la Tierra. Al desembarcar, alguien lo asesinó y la estatuilla desapareció.

—¡La maldita codicia del oro! —exclamó Ratigan. May aprobó sus palabras.

—Exacto, profesor. Tan sólo por la cantidad de oro que hay, la estatua representa una suma considerable, aparte su valor artístico. Pero no es solamente eso, sino...

May se levantó y, tomando la estatuilla en sus manos la volcó, dejándola en posición horizontal.

El basamento, de unos diez centímetros de lado, en forma cuadrada, quedó al descubierto. Y en él pudimos apreciar unos signos diminutos, casi microscópicos, trazados de forma regular, que parecían ser signos de escritura. Pero jamás habíamos visto aquellos signos en nuestro planeta.

—Ésta, es —dijo May—, sin duda alguna, la forma de escribir de la raza a la que pertenecía el artista que moldeó la estatua. Bien, volviendo al principio, diré que la muerte del jefe de la expedición fue el inicio de una larga cadena de crímenes, que terminó con el asesinato de un vulgar ladrón llamado «Manitas» Harper, que, merced a medios desconocidos, había logrado apoderarse de la estatua y trataba de vendérsela. Pero el Servicio de Inteligencia de la Marina llegó a tiempo y recuperó la estatuilla. Y entonces fue cuando yo me hice cargo de la misma. Debo decir, entre paréntesis, que los técnicos continúan en Plutón tratando de desentrañar los misterios de la nave allí caída, sin que hasta ahora lo hayan conseguido.

—¿Es que acaso piensan emprender una expedición a...?

May movió la cabeza.

—No; esa expedición corre de mi cuenta, Calvin.

—¿Cómo? Ah, ya entiendo; el Gobierno no quiere saber nada del asunto, ¿verdad?

—Por supuesto; están en vísperas de elecciones y no hay nada más impopular, para un presidente que aspira a ser reelegido, que presentar un nuevo aumento del presupuesto. Por el contrario, hay una serie de recortes cuyo solo pensamiento me causa escalofrío.

—Pero organizar una expedición de ese calibre cuesta una fortuna, May —exclamó Ratigan.

Ella sonrió.

—Afortunadamente, y sin querer presumir de ello, yo soy rica, y me puedo permitir ese lujo. El Gobierno no pone el menor inconveniente y hasta me facilita técnicos, tanto humanos como «robots», con tal de que yo corra con todos los gastos.

Ratigan se frotó nerviosamente la mandíbula.

—Estoy de acuerdo con usted, May; y puesto que acepté formar parte de la expedición, iré donde sea. Sin embargo, quiero que me aclare una cosa.

—Usted dirá, Calvin —repuso ella sosegadamente.

—Hasta Alfa del Centauro hay cuatro años luz de distancia. ¿Cómo piensa llegar? No me diga que ha construido una nave capaz de superar la barrera de Einstein, o sea la velocidad de la luz,

Los dorados cabellos de May se agitaron al contestar negativamente.

—No, en cierto modo, Calvin. Pero, ¿se ha fijado en los minúsculos caracteres grabados en el basamento de la estatuita?

—Si, claro…

—Pues bien, yo los he descifrado.

—¿Cómo?

En aquel momento, una voz ruda, imperativa, exclamó:

—¡Arriba las manos! ¡Y no se muevan si quieren seguir viviendo!

CAPÍTULO III

La sorpresa fue total, absoluta. Los humanos se quedaron fríos, y yo... yo...

—Pónganse en pie y acomoden la espalda contra la pared — continuaron ordenándonos.

Obedecimos, ¿qué otro remedio nos quedaba?

Ratigan soltó una maldición en voz baja. En cuanto a May, la indignación, que coloreaba hermosísimamente su rostro, la impedía pronunciar palabra alguna.

Ante nosotros había tres tipos, armados con sendas pistolas, cuyo aspecto no favorecía en nada a la raza humana. Sus ojos eran crueles y denotaban absoluta decisión de conseguir a cualquier precio lo que deseaban.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —inquirió May Spencer, habiendo recobrado al fin el habla.

Uno de los tipos, el que parecía mandar, rió en tono bajo.

—Nada, preciosidad; —solamente eso —y señaló con el cañón de su pistola la estatuilla, aún sobre la mesita.

—¡No! —gritó May sin poderse contener.

El tipo volvió a reír.

—Si —dijo sarcásticamente—. Y nos vamos a llevar la estatua ahora mismo.

—Es propiedad del Gobierno — arguyó desesperadamente May.

—El Gobierno un cuerno. Ahora la queremos nosotros, ¿te enteras, guapa?

—Mac —dijo entonces uno de los desconocidos— menos palabrería.

—Tienes razón, Andy —contestó el jefe.

Sin dejar de encañonarnos con su pistola, con sus pupilas clavadas en las nuestras, avanzó hasta la mesita. Tomó la estatua.

—¡Demonios, cuánto pesa! —Y luego añadió—: Lo siento hermosa; pero hemos de llevárnosla.

—Cometerán un delito que…

—La Ley nos importa un bledo —refunfuñó el llamado Mac, y con la estatuilla en brazos comenzó a retroceder.

Por un segundo vacilé. Yo no puedo hacer mal a un ser humano; me lo impide mi especial constitución, pero, en cambio, puedo evitar que se lo hagan, aun si tocar a la persona que está a punto de causar el daño. En consecuencia, y sin «pensármelo» más, avancé hacia el «gangster».

Éste lanzó un chillido.

—¡Quieto! ¡No te muevas o te lleno el pellejo de agujeros!

Puse en marcha los circuitos del desprecio. Sonreí. El tipo no se había dado cuenta de que yo era un «robot».

—Suelta la estatuilla —le dije.

—Un tiro en la barriga te soltaré si no te estás quieto —aulló.

Pero yo seguía andando. Vi curvarse el dedo índice del «gangster» sobre el gatillo del arma nerviosamente.

—Un paso más y eres hombre muerto —me amenazó.

Yo pensé: «Robot» a la chatarra, querrás decir», y me detuve.

Pero lo hice porque la mesita con del servicio de licores me cortaba el paso. Y súbitamente disparé el pie.

Las botellas, los vasos, y la misma mesita volaron por los aires, estrellándose contra el cuerpo de Mac. La pistola de éste se disparó estruendosamente.

En el mismo momento, el profesor demostró que, además de sabio, era valiente. Lanzando un grito de rabia, cargó contra uno de los forajidos.

El gesto del profesor lo cogió por completo de sorpresa. El hombro de Ratigan golpeó duramente a su antagonista en el pecho, derribándolo en el acto. La pistola se le escapó de las manos.

Ratigan la cogió y disparó en el acto contra el otro individuo que estaba tratando de tomar puntería. El tipo se puso un instante de puntillas, giró luego sobre si mismo convulsivamente y después se desplomó como un saco vacío.

Yo ya no podía hacer más. Aun así, había transgredido la ley fundamental de la robótica y el jefe de la banda, enloquecido, me había disparado un tiro. Sentí en mi interior crujido de metales y algo vaciló en mis mecanismos. Las piernas se negaron a sostenerme y hube de sentarme en el suelo contra mi voluntad.

Mientras, Ratigan y el otro pandillero se habían enzarzado en una feroz lucha, Sonó un disparo y el asaltante se desplomó. Mac, viendo la cosa malparada, emprendió la huida.

El profesor salió en su persecución, disparando a diestro y siniestro. Pero Mac consiguió fundirse con las sombras y se largó con la estatuilla.

Volvió junto a nosotros, lleno de pesar, Miró compungido a la rubia.

—Lo siento, May —dijo—. Se llevó la estatua. Ella agitó sus dorados rizos en una sonrisa de desafío.

—Eso —respondió sosegadamente —, no me importa por ahora, Calvin. Lo que me interesa es Kabé,

—¿Cómo?

—Estoy «herido», profesor —dije con una mueca, señalándome el agujero que tenía en el «bajo vientre»,

—¿Qué es ello? —inquirió Ratigan.

—Mac me soltó un tiro y la bala ha debido cortarme algún tensor de las articulaciones. No puedo tenerme en pie.

—¿Te duele? —preguntó ingenuamente Ratigan. Yo solté el trapo de la risa, excitados mis circuitos más de lo conveniente.

—Profesor, que soy un «robot».

Al darse cuenta de su plancha, Ratigan enrojeció hasta la raíz del

cabello. Trató de reparar el desliz.

—Si te ayudara yo, ¿podrías andar?

—Creo que si, profesor.

—Muy bien, pues. Vamos; creo que lo mejor es salir de aquí y dejarlo todo tal como está hasta la llegada de la policía. ¿Qué le parece, May?

—Una estupenda idea, Calvin —y entre los dos, pude salir de la estancia,

—Aparte del profesor Grandon y su esposa, sois los humanos mas simpáticos que he conocido —dije, y ellos sonrieron.

Me dejaron en un sillón, y se acomodaron a mi lado, tras haber llamado a la Policía y al Mando Central Robótico, para que enviaran un mecánico especializado. Entonces Calvin dijo, aún con la pistola en la mano:

—Estos tipos son muy listos. ¿Se ha fijado, May, en el peco peso de estas armas?

La joven tomo la pistola y frunció el ceño.

—Ahora me explico —repuso— por qué los detectores no dieron la señal de alarma cuando estos forajidos cruzaron la divisoria de la finca. Son pistolas de plástico durísimo, así como los proyectiles Y, naturalmente, al no ser metal, las células fotoeléctricas de los detectores no son excitadas.

—¡Pistolas de plástico! —exclamo atónito el profesor.

—Sí —repuso ella —. Duran un centenar de disparos, poco más o menos, pero, en casos como éste, son utilísimas.

—¡Qué tíos! —exclamó admirado Ratigan—. Y pensar que si no es por Kabé...

—Kabé —dije yo— no ha conseguido nada, aparte del balazo que he recibido. Es decir decir, si; con toda probabilidad, alguien me pondrá tibio por haberme permitido atacar a un humano.

—Nosotros te defenderemos —dijo ella calurosamente—. A fin de cuentas, lo hiciste en nuestra defensa.

—Eso es —comentó el profesor—. Pero lo más importante es que la

estatuilla ha desaparecido.

—Y con ella la inscripción. Yo la había descifrado —murmuró May con aire pesimista, pero lo que había allí era demasiado largo y plagadas de términos científicos para que pueda recordarlo en su totalidad. No tengo memoria fotográfica.

—Pero Kabé si —dije de repente.

Hubo un silencio, denso, espeso. Ratigan y May me miraron absortos, como si no entendieran lo que acababa de decir.

—Repite eso, Kabé —me ordenó el profesor.

—No es preciso —contesté—. Mis circuitos nemotécnicos han grabado indeleblemente todo cuanto allí estaba dibujado, y por lo tanto no necesito más que un papel y un lápiz para...

May lanzó un grito de alegría y me echó los brazos al cuello.

—¡Kabé, eres un sol! De buena gana te daba un par de besos.

—Por mi no lo haga, doctor —sonreí —. Creo que el profesor no tendrá nada que oponer a su programa de agradecimiento.

—Ni aunque fueras un humano, Kabé. La lástima es que yo no me puedo poner en tu lugar.

—Pues lo siento mucho, profesor, pero no se lo cedo. ¿Doctor? —y alargué el cuello.

May cumplió lo prometido, añadiendo:

—Eres el «robot» más simpático que he conocido, Kabé. Muy bien, pues —continuó—; reproducirás en un papel los signos grabadas en el basamento de la estatuilla, yo los traduciré de nuevo, y además haremos unas cuantas copias fotográficas para que no nos vuelva a ocurrir lo de esta noche. Profesor —se volvió hacia Ratigan—, usted desconoce la verdadera importancia de esos signos, ¿verdad?

El aludido movió la cabeza de arriba abajo.

—Supongo deben ser muy importantes, aunque no alcanzo a comprender del todo...

El rostro de May estaba hermosísimo a causa de los colores que lo sonrojaban de deliciosa manera.

—Tendrá usted una idea aproximada de la importancia de lo que había escrito en el basamento de la estatua, cuando sepa que, aparte de otras cosas menudas, se indica el modo de llegar al planeta donde se fabricó la estatua.

Ratigan no se pudo contener.

—¿He oído bien? —dijo.

—Perfectamente, Calvin. En ese fragmento de escritura se dan las indicaciones precisas para salir del espacio normal en que nos hallamos y pasar a uno de cuatro dimensiones, fuera de nuestro tiempo, con lo cual el viaje e al Sistema de Alfa Centauro se reducirá notablemente. No es, ni más ni menos, que la ruptura de la célebre barrera de Einstein, Calvin.

Éste palideció.

—Si eso que dice, May, es cierto, estamos en presencia del descubrimiento más sensacional de todos los tiempos. Pero… ¿cómo lo consiguió?

—Estudiándolo y devanándome los sesos noche tras noche, hasta que, al fin conseguí la clave del escrito. Lo demás fue ya fácil.

—Pero se necesitarán aparatos especiales.

—Se construirán Calvin.

—La astronave que se fabrique precisará de una gran cantidad de energía.

Ella se echo a reír. Me golpeó suavemente la frente.

—Todo eso —dijo— está aquí dentro. Y Kabé va a ser nuestro más principal colaborador, de una valía incalculable.

—¡Es fantástico, May! Ya no se trata de viajes interplanetarios, sino de viajes interestelares. Una vez aprendido el manejo de las nuevas astronaves, podremos recorrer toda nuestra galaxia…

—Y la recorreremos, Calvin, no le quepa la menor duda —afirmó May con toda seriedad—. Pero ahora debemos empezar por Aurus.

—¿Aurus?

—Si; ese es el nombre que yo he dado al planeta de donde vino la

nave que se estrelló en Plutón. Los supervivientes debieron de morir hace miles de años.

—Acaso fueron una avanzadilla exploratoria de su mundo, y trataban de establecer colonias en otros planetas —sugirió el profesor.

—Es lo que yo opino. De todas formas, hasta tanto no hayamos llegado a Aurus y explorado su civilización, viva o muerta, no podemos afirmar nada concreto.

Ratigan se puso en pie y comenzó a pasear, excitadísimo.

—¡Es increíble, realmente inconcebible! Ella se mosco.

—¡Calvin!

—No, no, si no lo decía por usted; May, Me refiero a este hatajo de imbéciles que nos gobiernan. Escatiman el dinero de una forma, que da vergüenza...

—Eso no es lo que me preocupa a mi —dijo May—, sino lo que nos ha ocurrido hace unos momentos.

—¡Cielos! —exclamó el profesor—. No me había dado cuenta de ello.

—Es indudable que la vista de la estatua ha atraído la codicia de algunas gentes sin escrúpulos y que piensan hacer los imposibles por conseguir más oro, Calvin.

—Pero nosotros tenemos una, ventaja sobre ellos, May.

—¿Cuál, por favor?

—Que tenemos a Kabé y que usted sabe descifrar el mensaje grabado en la base de la estatua.

La rubia movió sus cabellos con pesimismo.

—Eso no constituye ninguna ventaja, porque es fácil de descifrar. Además, aun cuando está escrito en una lengua extraña, todas sus características son humanas por completo, lo cual facilita mucho más el estudio de la cuestión. Tarde o temprano, los jefes de Mac lograrán hallar la clave y...

—Pero nosotros nos anticiparemos —dijo calurosamente Ratigan—. Además estamos del lado de las personas decentes, May.

—Lo cual —observó ella con desagrado—, no nos ha servido de nada. Se llevaron la estatua con toda facilidad.

Entonces levanté yo una mano. Los dos me miraron.

—¿Puede hablar un miserable «robot»?

—Puedes —afirmó May—. Es más, en lo sucesivo, te relevamos de la prohibición que tenéis los «robots» de hablar con un humano sin ser interrogado por éste.

—Es usted, tan buena como hermosa, señorita Spencer…

—Llámame May y deja el incienso a un lado, Kabé.

—Muy bien. Lo que iba a decir es lo siguiente: yo tengo aquí —y me señalé la frente con el índice—, fotografiado nemotécnicamente el famoso grabado. Cuanto antes pongamos manos a la obra, mejor. Les llevamos de ventaja el hecho de que no tenemos tiempo que perder descifrando el mensaje de los hombres de Aurus.

—Unas palabras muy sensatas — aprobó Ratigan.

—Además —continué— ellos necesitan técnicos, cosa difícil de encontrar hoy día. Nosotros los tenemos, ¿no es así?

Al hablar había mirado a la joven. Ésta asintió.

—Cierto y ya están trabajando en la nave. No he escatimado el dinero y en poco tiempo la tendrán concluida, a falta, únicamente, de los aparatos necesarios para navegar por el hiperespacio.

—Muy bien —asentí—. Pues entonces, manos a la obra.

Pero no pude comenzar a escribir siquiera, porque la Policía se presentó en la casa, y empezó a trabajar.

Y cuando terminó, el que apareció fue Thomas N. López, vicepresidente del Mando Central Robótico, acompañado por un técnico, que me echó las tripas fuera y comenzó a reparar la avería causada por el balazo.

López estaba consternadísimo. No comprendía cómo habían podido disparar contra mí.

—¡Es algo inaudito, inconcebible! Hacer fuego sobre el mejor «robot» que ha salido de nuestras manos. ¡Dónde, dónde va a parar nuestra

civilización!

May procuró tranquilizarle con un par de codazos, que López se embauló sin chistar. Después prosiguió con sus jeremíacas lamentaciones:

—Una expedición en la cual yo estoy tan interesado —gemía—. Kabé, hijo, ¿como te encuentras?

Contuve el circuito de la hilaridad.

—Pues muy bien, señor López. No fue más que un tensar...

—¡Un tensar! ¡Con lo caro que está hoy todo!

Afortunadamente no fue una válvula del sistema racional. Me hubiera llevado a la ruina...

Y luego se volvió hacía May, añadiendo:

—Señorita Spencer, ¿cuándo salen ustedes de viaje?

May hizo un rápido cálculo.

—No antes de un mes, me imagino, señor López.

El aludido suspiró aliviado.

—Ah, muy bien, perfectamente. Así queda tiempo para que ustedes estudien a Kabé y vean si la reparación le ha dejado alguna imperfección.

—Es usted muy amable, señor López. ¿Otra copita?

El plazo fijado por May se alargó en dos semanas más, debido a cuestiones de detalles, pero al fin la astronave estuvo lista para zarpar. Ratigan se había preocupado de seleccionar la tripulación, escogiendo gente de toda confianza, y además la Marina, que en cierto modo era, parte interesada, nos concedió un pelotón de Infantería de Marina, compuesto de un sargento y una docena de soldados, a modo de escolta, dado que íbamos a explorar un mundo totalmente desconocido y en el cual no sabíamos los peligros que podían acecharnos. En resumen, aparte de May, de Ratigan y de mi, viajábamos a bordo una veintena de personas, pues no se había juzgado pertinente recargar más la nave.

Y un buen día emprendimos la marcha hacia el infinito. Si las cosas

salían tan bien como era de esperar, se podía afirmar que la humanidad entraba en una nueva era: la de los viajes interestelares.

El espacio se nos estaba quedando pequeño.

CAPÍTULO IV

En el aparato, aparte de nosotros tres, iban unas veinte personas, entre las cuales había que incluir a los componentes del pelotón de Infantería de Marina que el Gobierno nos había concedido como refuerzo y escolta. Lo comandaba el sargento Mark Hanson, un tipo fornido, hercúleo, capaz de partir un mazo de naipes con los dientes.

Los civiles eran: dos copilotos, Ron Willets y Cy Strong; dos técnicos en comunicaciones, Larry González y Steve Murchison; y cuatro auxiliares, que lo mismo servían para un fregado que para un barrido astronáutico, a saber: Isaac Smilov, Johnny Karanian, Al Jones y Lewis Moore.

El jefe de la expedición era, naturalmente, May Norma Spencer. El profesor Ratigan no tenía puesto fijo en la nave, puesto que sus funciones debían comenzar cuando aterrizáramos en Aurus; y, en cuanto al piloto, ése era yo. Nadie, que yo sepa, chistó porque fuera un «robot» el encargado de llevar la nave a buen fin. Y es que los humanos confiaban ya por completo en nosotros y sabían que éramos buenos «chicos», valga la frase.

Durante las primeras semanas, no ocurrió nada de particular. Volábamos por el espacio a velocidades planetarias, ya que no intentaríamos dar el primer salto al hiperespacio hasta haber salido de los límites de nuestro Sistema, medida que habíamos adoptado May y yo, de común acuerdo. Habia de tener en cuenta que era la primera vez que se intentaba una empresa de tal magnitud y convenía correr los menores riesgos posibles.

No ocurrió nada hasta que nos encontramos en las inmediaciones de la órbita de Plutón. Entonces fue cuando surgieron las primeras dificultades.

May y Ratigan estaban tomando el desayuno en el comedor, cuando,

de pronto, Karanian y Jones se presentaron con aire embarazado.

Puesto que yo no tenía su permiso para hablar sin ser hablado, hube de esperar a que ellos me dirigieran la palabra.

—Queremos hablar —dijo el armenio—, con la doctora Spencer.

—Muy bien — dije, y me volví hacia la interesada. No tuve necesidad de transmitir el mensaje, puesto que ella lo había oído tan bien como yo.

—Acérquese, Karanian —dijo May—, ¿De qué se trata?

—Hemos estado viendo el trazador de rumbos, doctora Spencer.

—¿Y bien?

Los dos auxiliares se miraron, como consultándose con la vista. Era evidente que vacilaban, Karanian se decidió al fin

—Verá, doctora Spencer, encontramos muy raro esto de que nos encontremos ya en la órbita de Plutón y no hayan dado comienzo las operaciones de aterrizaje.

—No tienen por qué encontrarlo raro, Karanian, si se tiene en cuenta que nosotros no vamos a Plutón.

Karanian y Jones volvieron a mirarse. El primero dijo, con la vista: «¿Eh, qué te decía yo compadre?» Luego, Karanian volvió a hablar.

—De modo que no vamos a Plutón, ¿eh?

—Así es, Karanian —contestó May fríamente—.

Pero acerca de nuestro punto de destino no tengo por qué darles explicaciones de ninguna clase.

El cetrino rostro del armenio palideció de pronto.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, señorita? Tenemos derecho a que se nos informe, no solamente del rumbo que llevamos, sino del lugar a que nos dirigimos, ¿me comprende? De aquí al lugar posiblemente habitado más próximo hay cuatro años de luz de distancia. Este cacharro apenas si alcanza los setecientos mil a la hora. ¿Cree usted que pensamos pasarnos toda nuestra vida haciendo de sardinas enlatadas?

Ratigan comenzó a impacientarse. Ella le puso una mano encima de la suya, tratando de calmarlo.

—Karanian, está usted hablando sin saber lo que se dice.

—Tengo derecho a…

May se puso en pie de pronto. Sus ojos centelleaban.

—¿Dónde tiene usted su contrato de enganche, Karanian? ¿Se molestó siquiera en leerlo cuando lo firmó? Yo guardó el original en mi caja fuerte y usted debe tener una copia exacta. ¿Ha leído todas —y May subrayó la palabra deliberadamente— sus cláusulas?

El armenio abrió la boca estúpidamente. Cualquier cosa se habría esperado menos aquello. Pero entonces fue Jones el que tomó la palabra.

—¡Qué diablos! Doctora Spencer, es cierto que usted nos contrató, pero también hay que considerar que somos personas que deben estar informadas del lugar a donde viajan. No es bastante decirle a uno: «Toma, te pago tanto todos los meses y vente de viaje conmigo por las estrellas». ¿Eh?

Pero May no se dejó avasallar por los argumentos de Jones.

—El contrato con todos ustedes —declaró—, especifica que se enganchan en un viaje espacial conmigo, en el cual no se precisa su duración, y sí la cuantía de su paga mensual, así como los correspondientes seguros para posibles casos de muerte o invalidez como resultado accidentes sufridos durante el viaje. ¿Me ha entendido usted?

Una torva sonrisa apareció en los labios del armenio.

—Por ahí se dice —murmuró—, que vamos en busca de un mundo perdido, lleno de oro hasta los topes. ¿Qué me contesta usted, preciosa?

El rostro de May tomó el color de la púrpura. Ratigan soltó una maldición.

—¡Karanian! —gritó el profesor—. ¡O se retira o hago que le encierren bajo llave!

—No se sulfure usted, profesor. No es ningún pecado llamar preciosa a

quien lo es de veras. Está bien, está bien; supongo que deben guardarse algún as en la manga para viajar por las estrellas, pero no pueden tenerlo siempre escondido. Algún día han de sacarlo y entonces... ¿Qué harán con nosotros cuando hayamos llegado a ese planeta desconocido? ¿Encerrarnos en la sentina?

—Lo mejor que pueden hacer es marcharse, Karanian —dijo May—. Me niego a darles explicación alguna hasta que yo lo considere oportuno.

—Una actitud muy injusta —contestó imperturbable el armenio —, pero a la que no nos queda, de momento, otro remedio que doblegarnos, Está bien, guapa; ya nos veremos en el momento oportuno, Al, vámonos.

Cuando los dos hombres cerraron la puerta, yo di media vuelta a la llave y miré fijamente a May y al profesor. Ellos me correspondieron.

—¿Qué te ocurre, Kabé? —inquirió Ratigan.

—Nos estás mirando de una manera muy rara —dijo ella—. ¿Se te ha roto alguna lámpara?

Moví la cabeza denegando,

—Profesor Ratigan, tengo entendido que fue usted quien eligió la tripulación, ¿verdad?

—Por encargo de May, naturalmente. Ella estaba muy ocupada con la instalación de los aparatos de traslación en el hiperespacio y...

—Ya, no siga, por favor. Entonces, ¿no se dio cuenta de que Jones no es lo que aparenta?

—Trajo una docena de kilos de documentos en forma de informes, Kabé. Dudo mucho que haya alguien a bordo con mejores referencias que Jones.

—Muy lógico —dije—, muy lógico, sobre todo si consideramos que todas esas referencias son falsas. Más que el alma de Judas, profesor.

El asombro en los dos fue unánime.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quién te lo ha dicho, Kabé?

Me permití una ligera sonrisa de superioridad.

—¿Quién sino un «robot» puede conocer a otro «robot»?

Un estupefacto silencio cayó sobre la camareta.

—¿Cómo lo sabes, Kabé? —estalló Ratigan, al rato.

—Es difícil de explicarlo, profesor; pero Jones es un «robot». ¿Se dan cuenta —me dirigí ahora a ambos—, de lo que esto significa?

—Por supuesto —contestó May reflexivamente—, pero ¿estás seguro de lo que has dicho, Kabé?

—Karanian y Jones han estado aquí lo menos diez minutos. ¿Han visto ustedes que el pecho de Jones se moviera para respirar? Desde aquí, mis circuitos visuales están captando los latidos de sus respectivas arterias carótidas, lo cual significa que ambos están excitados. La de Karanian parecía a punto de estallar. En cambio, a Jones no se le veía para nada.

—¡Diablos! —murmuró Ratigan a media voz—. Esa sí que es una contrariedad.

—Yo diría que no, profesor. Lo hubiera sido si no me hubiera dado cuenta del hecho; pero ahora ya lo sabemos...

—¡Lo que hay que hacer —exclamó Ratigan impetuoso— es examinar a los miembros de la tripulación, uno por uno, y comprobar si son «robots» o humanos!

Yo levanté una mano, deteniendo con el gesto su movimiento.

—Ni hablar profesor. ¿Quiere usted que se le vea el plumero? Estamos mucho mejor así, puesto que Jones y Karanian creen habernos engañado.

—Y en cambio —sonrió May— son ellos los engañados, Kabé.

—Exacto. Además, Jones no es un «robot» de los míos. Su piel, digámoslo así, es muy distinta a la mía, ¿comprenden?

—¿Cómo diablos has podido averiguarlo, Kabé? — inquirió el profesor, estupefacto.

—Mi visión puede ser modificada, a voluntad mía, para aumentar el tamaño aparente de las cosas. Las lentes que forman mi sistema visual

pueden, de desearlo yo, alcanzar hasta veinte aumentos. Le aseguro que se ven muchas cosas así, profesor.

May se retorció las manos.

—¡Dios mío! ¿Quién, quién habrá enviado a Jones a bordo de la nave?

—No se preocupe, doctora — dije, forzando mis circuitos tranquilizadores—; eso ya se sabrá a su debido tiempo. Lo que interesa es que nos hallamos en una situación superior a la de ellos, y eso es mucho, por ahora.

—De todas formas —dijo el profesor—, me gustaría saber cuántos «robots» llevamos a bordo.

—Tampoco por ello debe preocuparse, profesor.

Yo se lo diré.

—¿Qué piensas hacer, Kabé? —me preguntó May.

—¿Investigar uno por uno?

—Desde luego, pero no en la forma que usted supone, doctora.

—¿Entonces... ? No te comprendo, Kabé.

—Muy sencillo. Tengo ahí mi cámara fotográfica, con «flash» para rayos X, ¿sabe? Me olí que podía ocurrir algo en el viaje y me la traje, así como unas cuantas cosas que acaso nos sean necesarias.

—¿«Flash» de rayos X? —repitió el profesor—. No te entiendo, Kabé.

—Es muy sencillo, jefe. Se coloca al individuo de espaldas a una pared, tratada previamente con una sustancia fluorescente y se dispara la cámara. Los rayos del «flash» chocan contra la pared tratada y, naturalmente, son reflejados en parte contra la cámara. Todo esto ocurre, naturalmente, en una milésima de segundo y al ser reflejados los rayos lumínicos provenientes del «flash» ya tienen poder de penetración a través de los cuerpos. Entonces...

May palmoteó entusiasmada.

—La película impresiona una radiografía del individuo, ¿no es así? .

—Exacto, May —dije—. Pero debemos hacerlo con todo cuidado, de modo que nadie sospeche nada, ¿comprenden?

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué se introdujo ese «robot» en la nave? —inquirió el profesor, muy desasosegado.

—¿Por qué mataron a «Manitas» Harper? ¿Por qué intentaron asaltar a May en el astropuerto? ¿Por qué nos robaron la estatua? Todas esas preguntas —dije—, incluyendo la suya, profesor, sólo tienen una respuesta: la codicia.

—Entendido —asintió May—. Sólo que ahora nos falta saber quién es el que mueve los hilos de toda esta tramoya. Kabé.

Mi lámpara de la indiferencia destelló en mi interior. Me encogí de hombros.

—Eso —contesté—, no me interesa por ahora, May. Ya lo sabremos a su debido tiempo. Por ahora, contentémonos con estar prevenidos y...

—Avisaré a Hanson, el sargento de Infantería de Marina, para que...

—¡Alto, profesor! Lo hará, si, pero cuando esté seguro no solamente de que es un humano sino de que está a nuestro lado, ¿comprende?

—¿Cómo, Kabé? ¿No te fías de él?

—Y si no temiera ofenderle, diría que ni de usted tampoco, profesor.

—¡Kabé! — exclamó May indignadísima.

—Lo siento —dije humildemente—. Me olvidé de quien soy. Prometo no volver a repetirlo más. Profesor, le pido mil disculpas.

Ratingan se enterneció.

—Vamos, vamos, Kabé —dijo, echándome una mano por encima del hombro—, no te preocupes. Somos nosotros los que no nos hemos dado cuenta de que tú sólo tratas de evitamos una tragedia. ¿No es así, May?

—Por supuesto —sonrió ella—. Kabé, ¿qué haríamos nosotros sin ti?

Me hubiera gustado ser humano para poder sonreírme a gusto. Pero entonces, ni un Ratigan ni cien hubieran impedido que May mirase a otro que no fuera yo. ¡Guarra vida la de un «robot», demonios!

—Entonces, ¿qué nos aconsejas que hagamos, Kabé? —inquirió May.

Cerré un ojo y miré con el otro al techo.

—Esta noche —dije yo al fin—, lo prepararé todo para las fotografías de mañana. Usted, May, con sus ojos y su sonrisa, hará que se reúnan los hombres en el sitio que yo le indique y luego yo tiraré las placas. Después haremos saber nuestros planes… y dejaremos que ellos, conociéndolos minuciosamente, se descubran por sí mismos. Porque nosotros ya sabremos quién es humano y quién es «robot», ¿comprenden?

—De acuerdo —accedió May.

Ratigan también estuvo conforme con mi plan.

Luego me preguntó:

—Kabé, ¿acaso temes un motín?

Puse en marcha los circuitos de la risa.

—¡Ni hablar, jefe! ¿Cómo va a haber motín sin oro? Nosotros, y valga la frase, tenemos el mapa de la isla del Tesoro, ¿comprende?

— Por supuesto, y hasta que no hayamos desenterrado el cofre, no sacarán ellos las armas a relucir.

—Exacto. Pero nosotros ya estaremos prevenidos y… Bien, ¿para qué seguir hablando? Voy a ir preparándolo todo.

A la mañana siguiente, tal como habíamos convenido, May consiguió reunir a la tripulación, «marines» incluidos, en el lugar que yo le había señalado y que estaba debidamente preparado, cosa que había podido hacer durante la noche, sin que nadie se apercibiera de ello. El «flash» relampagueó dos o tres veces, sacando varias instantáneas del grupo; hubo risas y bromas y, para, celebrarlo, May acordó sacar unas cuantas botellas.

Como yo no podía beber, me largué al laboratorio a revelar las fotografías. Y lo que vi allí estuvo a punto de hacer estallar todas mis lámparas.

Aparte de nosotros tres, como he dicho, había unas veinte personas más a bordo. Pues bien, casi la mitad de ellas, cinco «marines» incluidos, eran «robots».

No pude evitarlo: la temperatura interior de mis delicados mecanismos sufrió un repentino bajón, que estuvo a punto de paralizar todos mis circuitos.

CAPÍTULO V

Durante un buen rato no oí otro sonido que los cientos de minúsculos ruiditos que producían todas mis lámparas y mis circuitos trabajando a alta presión y que nadie, sino yo, podía percibir. En una palabra, «pensaba» furiosamente.

Allí, en mis manos, ampliada, tenía la prueba de todo cuanto estaba diciendo. Era una radiografía del grupo, y los esqueletos de los humanos estaban claramente diferenciados del conjunto de mecanismos que componía el interior de los «robots». Yo me había supuesto que la llegada a auras no sería fácil, pero jamás supuse que la mitad de la tripulación, por lo menos, estuviera en contra nuestra. Teníamos traidores a bordo.

Digo la mitad, y yerro en el cálculo, porque cuando menos uno, Karanian, humano, era nuestro enemigo, y estaba seguro de que alguien más tenía que andar metido en el ajo. Pero, ¿quién?

Examiné de nuevo la radiografía. Como he dicho, cinco «marines» eran «robots». A ellos teníamos que añadir Jones y, además, a Willets, Murchison, Smilov y Moore. Quedaban, pues, el sargento Hanson, siete «marines» y Strong y González, cuya lealtad, en tanto no se probase, era dudosa. Era evidente que Karanian tenía algún cómplice humano más en la nave, pero no podía, descubrirlo con la misma facilidad con que había descubierto a los «robots».

Me insulté despiadadamente a mí mismo, por no haber hecho estas comprobaciones antes de la partida; pero ya la cosa no tenía remedio. Mejor dicho, había que buscárselo. ¿Cómo?

Para salir de apuros, comuniqué mi descubrimiento a Ratigan y May. Se quedaron de piedra.

—¿Estás seguro, Kabé? —inquirió el profesor. Por toda respuesta le enseñé la radiografía.

Casi vi ponérsele los pelos de punta. Soltó un taco que, en otras circunstancias, habría enrojecido el rostro de May, Pero ésta, absorta con lo que veía, no hizo el menor caso de la descortesía del profesor.

Clavó en mí sus hermosas pupilas.

—¿Qué nos aconsejas Kabé?

—Lo primero —repuse decidido—, es llamar al sargento Hanson. No hay que olvidar que cinco de sus «marines» no son tal, sino máquinas corro yo.

Pero antes el profesor tenía que hacerme una objeción.

—¡Un momento, Kabé! Esos «robots» no pueden hacernos daño alguno. Quebrantarían la primera y más fundamental de las leyes de la robótica.

—¡Un cuerno para la robótica! —refunfuñé— El que los construyó no lo hizo precisamente en los talleres del Mando Central. Por lo menos, los circuitos sensoriales. Esos «robots» nos respetan ahora, pero cuando llegue el momento obedecerán las órdenes que les de Karanian o el que sea, y si éstos les dicen que disparen a matar contra nosotros, lo harán; no les quepa la menor duda.

Ratigan y May me miraron, profundamente consternados. Mientras, yo me incliné sobre el intercomunicador general.

—¡Sargento Hanson! Tenga la bondad de presentarse inmediatamente en el despacho de la doctora Spencer.

Ratigan me miró.

—¿Qué es lo que piensas hacer Kabé?

—Sólo hay una cosa: anticiparnos.

May palideció. .

—¿Quieres... quieres decir que hemos... de matar a Karanian y...?

—No —sonreí—: a Karanian, por el contrario, hay que conservarle la vida, May. Este tipo debe de saber muchas cosas y hemos de sacárselas, ¿comprende? Pero, en cambio, sabemos quiénes son los «robots», y ésos deben ser destruidos implacablemente.

—Podríamos hacerlos prisioneros —sugirió el profesor—. Luego, tú, Kabé examinarías los circuitos y...

Moví firmemente la cabeza de derecha a izquierda.

—No —repuse—. No se dejarán capturar. Lucharán ferozmente si se dan cuenta de que han sido descubiertos.

—¿Y si Hanson está de parte de Karanian?

—Es un riesgo que debemos correr, profesor. A fin de cuentas, no hay que olvidar que casi la mitad de sus hombres son «robots», y aquí no puede haber otro que no sea yo.

Ratigan inclinó la cabeza, abrumado y convencido. El siniestro ambiente de un motín en potencia flotaba sobre la nave.

En aquel momento llamó Hanson. Le hice pasar y luego cerré con todo cuidado la puerta. Miré a May, pues yo no tenía permiso para hablar al sargento.

—Dígaselo todo, doctora — exclamé.

El pobre Hanson estuvo a punto de desmayarse cuando se enteró. Necesitó un buen par de tragos para reaccionar.

—¿Cómo es que usted no se ha dado cuenta, Hanson? —le disparó rápido el profesor a boca de jarro.

Hanson lo miró fríamente.

—Yo soy un militar disciplinado y nunca se me ha ocurrido discutir las órdenes de mis jefes. Me asignaron doce soldados y esos son los que traje conmigo.

—Pero ¿no los conocía antes, Hanson?

—A unos si y a otros no, profesor.

—¿A cuántos «otros» no conocía, Hanson?

Éste meditó un segundo. Al fin, dijo:

—A ocho, profesor.

—Esto nos da, suponiendo que los cuatro restantes sean de fiar, cinco «robots», a los cuales hay que eliminar, y tres soldados sospechosos.

Hanson se levantó de un salto.

—¿Cómo? ¿Matar a cinco de mis soldados?

—No son soldados suyos, sino «robots» Hanson. ¿Es que no se ha dado cuenta de ese pequeño detalle?

El sargento lanzó una imprecación.

—Aun así, me los entregaron, y yo he de responder de ellos. «Robots» o no, son soldados míos…

May se impacientó.

—Hanson —dijo severamente—, recuerde que tanto usted como sus hombres están bajo mis órdenes. Así lo dispuso el Gobierno, y usted no tiene que hacer otra cosa que acatarlas. Además, tenga en cuenta que no son hombres, sino máquinas, ¿me ha comprendido?

—Está bien —dijo el sargento vencido al cabo—, ¿Qué es lo que hay que hacer?

Los tres nos consultamos con la mirada. Yo, al fin, dije:

—¿Puedo hacer una pregunta al sargento?

—Habla —me miró fríamente el aludido.

—¿Dónde está el armamento de sus hombres, Hanson?

—Si es por eso, yo tengo la llave.

—Mejor, pues. Entonces, aguardaremos a la hora del descanso. Karanian quedará solo de guardia en los controles. Usted nos proporcionará armas, sargento, y de lo demás, ayudado por usted, claro está, nos encargaremos nosotros.

Hanson apretó los labios.

—Para ser un «robot» das muchas órdenes amiguito.

—Cuento con la aquiescencia del jefe de la nave, sargento. De todas formas, si no le gusta, escuche a la doctora, No creo que lo que ella tenga que decirle difiera mucho de lo mío.

—Está dicho ya, sargento —intervino la aludida secamente.

—Y además, sargento —dije—, tenga en cuenta que, en caso de una más que posible revuelta, no le servirá para nada su condición de, digamos neutral. En este momento hay dos bandos en la nave y sus intereses respectivos son totalmente encontrados. Uno de los dos tiene

que triunfar, y si son ellos, no espere la menor compasión. Lo menos que harán será arrojarnos al espacio por una escotilla.

Hanson palideció. Tragó saliva.

—¡Cielos! ¡Esto parece un estéreo de miedo! ¿Y por qué no lo han hecho ya?

—Porque están esperando que nosotros les enseñemos el modo de llegar a Alfa del Centauro, cosa que no puede tardar mucho en suceder.

El sargento se pasó la mano por el rostro.

—Yo no sé... Creo que me voy a volver loco... ¿Alfa del Centauro has dicho? ¿A cuarenta billones de kilómetros?

Me volví hacia May.

—Por favor, ¿quiere explicárselo?

—Con mucho gusto, Kabé.

* * *

El día pasó lentamente y llegada la noche, o sea el período en que, ajustándonos al horario terrestre, era el momento de descanso. Las luces del interior se amortiguaban y el silencio descendía sobre la nave en el interior de la cual solamente se oían los lejanos rumores de los motores de la misma, situados a la suficiente distancia para que sus radiaciones no nos contaminaran.

Entonces fue cuando Hanson y yo nos deslizamos, subrepticiamente, hasta el lugar en donde guardaba las armas de su pelotón. Consistían éstas en pistolas fotónicas, látigos neurónicos y hasta alguna anticuada, pero no por ello menos eficaz, metralleta de pólvora, harto útil aún en más de una ocasión.

Hanson sacó una llave del bolsillo y abrió el armero. Echó a un lado la puertecita y entonces soltó un taco en voz baja.

—¿Qué ocurre? — pregunté.

Bisbiseó un momento. Me pareció como si contara algo. Luego dijo:

—Faltan dos pistolas fotónicas un látigo neurónico y una metralleta.

Reduje el exceso de voltaje que provocó en mis circuitos la noticia. En un tris estuvo de que no se me fueran a paseo un par de lámparas.

—¿Está seguro de lo que dice?

Hanson me miró airadamente.

—Escucha, maldita máquina, llevo veinte años de servicio en los «marines», y entré en ellos cuando el hierro de tus articulaciones no había sido siquiera extraído de las minas. ¿Crees que no sé cumplir con mi obligación?

—Dispénseme, sargento —dije en tono humilde—. Lamento de veras haberle ofendido.

Hanson empezó a decir entre dientes algo ofensivo para las máquinas en general y los «robots» en particular, al mismo tiempo que sacaba las armas, que luego me iba pasando, pero no pudo concluir sus malévolas palabras.

—¡No se muevan o los frío! — dijo de pronto una voz.

Entonces fue cuándo Hanson demostró lo mucho que valía. Acababa de tomar en sus manos una metralleta y se tiró de cabeza al suelo, en una perfecta zambullida. Yo le imité.

En aquel reducido espacio, el arma tronó sonoramente.

El sargento era un «as» con una metralleta en sus manos. Las balas chirriaron al destrozar los metálicos mecanismos del «robot» que se había hecho pasar por Moore, destruyéndolo en un instante.

El primer asalto había sido nuestro, pero la alarma estaba dada. Ya no podríamos sorprender a nuestros enemigos.

—¡A la cámara de control! — grité al sargento, el cual, sin dejar de cubrirse con la metralleta a la altura de la cadera, retrocedió, en tanto que yo cargaba con todas las armas.

En aquel momento se abrió la puerta de la cámara. Karanian apareció en ella con una pistola fotónica en la mano. Sonreía perversamente.

—¡Cuidado, Hanson! —grité.

El mortífero haz de fotones pasó por encima de la cuadrada cabeza del sargento. Éste demostró que no podía fallarle el primer golpe y que, en tales circunstancias, era más venenoso que una serpiente de cascabel.

Partió en dos a Karanian, de una ráfaga de ametralladora, sin darle tiempo a rectificar la puntería.

—¡Otro menos! —gritó alegremente.

Por todas partes se oían alaridos, más de sorpresa que de miedo. El escándalo era mayúsculo.

Un par de hombres aparecieron por el otro extremo del corredor, armados también. Reconociéndolos al instante, me anticipé a ellos.

Eran los «robots» llamados Smilov y Murchison, y feroces chispazos brotaron de sus mecanismos cuando fueron alcanzados por las descargas de mi pistola fotónica. Un momento después, no eran más que un pequeño montón de metal fundido y plástico maloliente en el suelo.

Esto va bien, Kabé —gritó alegremente Hanson—. Cuatro a cero en el marcador, ¿qué te parece?

—Pues que todavía quedan un montón de ellos.

¿Cuantas pistolas dice que faltaban, sargento?

—Dos pistolas fotónicas, un látigo neurónico y una metralleta.

Me incliné y tomé de las yertas manos de Karanian una de las primeras. Dije:

—He destruido otra idéntica. Por lo tanto, quedan aún el látigo y la metralleta. ¿Dónde están? ¿Quién las tiene?

—Eso —dijo ceñudo Hanson— es lo que vamos a averiguar inmediatamente— y sin más echó a andar

Teniendo la nave el piloto automático puesto, no me preocupé de su gobierno. Cerré la puerta de la cámara de control con llave, la cual guardé cuidadosamente, y luego seguí al sargento. Todavía quedaban un montón de «robots» por eliminar.

Uno de ellos nos salió al paso, armado con la metralleta que quedaba. Disparó al aire, porque yo le deshice la mano de un disparo. Hanson

acabó de llenarle de plomo la maquinaria.

May apareció entonces en la puerta de su cámara, toda angustiada.

—¿Cómo va eso, Kabé? —me preguntó, y no pude responderle, porque en aquel momento algo silbó por los aires.

El serpenteante extremo de un látigo neurónico se ciñó a su esbelto talle, derribándola inconscientemente por tierra. Todos los miembros de la joven se retorcieron epilépticamente, al ser castigados tan duramente sus nervios. Gritó angustiada.

Pero nosotros dos no podíamos hacer nada, porque solamente se veía un fragmento del látigo, no así al «robot» que lo manejaba, cuidadosamente oculto.

—¡Quietos ahí! —tronó la máquina, y al instante conocí la voz de Jones—. Soltad las armas o destrozo el cerebro de la chica.

Hanson y yo nos miramos consternados. Sabíamos que Jones decía la verdad.

Repetidas descargas de un látigo nerónico pueden afectar gravemente el cerebro de un ser humano, puesto que la efectividad de un arma de tal índole se basa en la terrible influencia que ejerce sobre los centros nerviosos. Aumentando el potencial de dichas descargas, el cerebro puede verse afectado de tal modo, que la persona que lo padece llega a convertirse en un imbécil, sin posibilidades de curación.

Durante unos momentos permanecimos silenciosos.

—¡Vamos, obedeced! —repitió Jones—. No esperaré más allá de quince segundos; pasado ese tiempo…

Sobraron trece segundos. Aún estaba hablando, cuando alguien, impensadamente, entró en escena, Lanzando un rugido de cólera infinita, el profesor se arrojó sobre el «robot». Y entonces. Hanson y yo salimos de nuestra abstracción.

Ahora, que ya ha pasado cierto tiempo desde aquellos hechos y que los apuros de entonces ya casi están olvidados, aunque permanezcan grabados en los intrincados mecanismos de mi aparato de la memoria, me doy cuenta de lo cerca que estuve de verme convertido en un montón de chatarra.

Jones, evidentemente sorprendido, intentó reaccionar, desenrollando

el látigo del cuerpo de May. Pero no pudo conseguirlo.

De todas formas, el profesor no hubiera conseguido vencer sólo con sus puños, pues debajo de nuestra piel de plástico hay un resistente caparazón metálico que protege nuestros delicadísimos mecanismos. Un puñetazo en mi mandíbula, por ejemplo, puede averiarme alguna lámpara, pero el tipo que me lo dé se fracturará la muñeca con toda seguridad. Y a Ratigan estaba a punto de ocurrirle tres cuartos de lo mismo.

Además, los metálicos dedos de Jones habían hecho presa en su garganta y amenazaban con quitarle la vida. Fue preciso que Hanson se acercara hasta ellos de un salto y, apoyando la boca de la metralleta en el costado de Jones, lo llenara de plomo.

Para cuando esto ocurrió, yo me estaba enfrentando ya a otro problema: los «robots» supervivientes.

Éstos sabían que no tenían salvación de ninguna clase. Desde luego, el hombre que había ajustado sus circuitos, había cargado la dosis en el del disimulo y la doblez, eliminando por completo el de la bondad. Seis hombres, de ellos cinco «marines», venían hacia nosotros, dispuestos a morir matando, pese a no tener otras armas que sus manos.

Ello nos facilitó considerablemente la tarea. Hanson y yo hicimos tabletear nuestras armas y treinta segundas más tarde podía decirse que la sublevación estaba totalmente aplastada. Los medios empleados no habían podido ser más drásticos, pero, al mismo tiempo, también eficaces en sumo grado.

Las circunstancias nos habían obligado a obrar con la mayor rapidez y, de momento, podíamos dar por resuelta la situación, aunque era evidente que todavía quedaban traidores en la espacionave.

Hanson y yo nos reunimos en la cámara de May, a la cual trataba de atender el profesor. Salvo la natural conmoción producida por los latigazos neurónicos, la chica no habla padecido "gran cosa" y fue solamente cosa de momentos el que se recuperase.

Cuando esto ocurrió, celebramos un consejo de guerra.

—Bien —dije yo—; puede decirse que, por ahora, está dominada la situación. No obstante, quedan algunos puntos por esclarecer.

—¿Por ejemplo? —inquirió May, tomando un sorbo de licor.

—Los cómplices de Karanian. Éste ha muerto, pero...

—Kabé, ¿estás seguro de que Karanian, aparte de los «robots», tenía a bordo alguien que le ayudara? —me preguntó el profesor.

—Estimo demasiado pesada la tarea para un hombre solo. De los que quedamos a bordo...

—Que somos, aparte de nosotros cuatro —terció Hanson—, Strong, González y siete de mis soldados. En total, trece personas.

El profesor se estremeció.

—Mal número — comentó—. No soy supersticioso, pero...

—Es una lástima que haya muerto Karanian —dije—. Podría habernos dicho algunas cosas muy interesantes.

—La culpa no es mía —se amoscó un tanto el sargento—. Si no le gano por la mano, me liquida él a mí.

—Está bien, está bien. De todas formas, ahora tenemos una importante ventaja a nuestro favor, y es que, excepto yo, todos los demás ocupantes de la nave son humanos. Unos por decencia natural y otros, espero que los menos, por miedo, se habrán dado cuenta de lo duro que resulta oponerse a nosotros. Él o los cómplices de Karanian habrán visto que, cuando de dominar e imponer la disciplina se trata, no escatimamos medio alguno ni nos paramos en contemplaciones.

—De modo que, si ese individuo o los que sean —sugirió May— intentan algo, aguardarán a que estemos en Aurus.

—Exacto, y aun así, contaremos con la ventaja, no solamente del número, sino también de las armas.

—Muy bien. Y ahora ¿qué es lo que debemos hacer?

Miré a May.

—Creo —dije muy despacio— que debe reunirse a la tripulación; explicarles con todo detalle lo ocurrido y luego ponerles en antecedentes acerca del punto al cual nos dirigimos. Será muy interesante, además, que anuncie prima doble a partir de ahora, o alguna cosa sustanciosa por el estilo. Ello reanimará notablemente la moral de todos los tripulantes, ¿no cree?

May afirmó con la cabeza y añadió:

—Estoy de acuerdo con eso, Kabé. Y, además, trataremos en ese sentido, a Hanson y a sus hombres como si hubieran sido contratados por mí y no enviados por el Gobierno.

El sargento se puso colorado basta las orejas. Intentó balbucir unas torpes frases de agradecimiento —¡ya lo creo, la prima era nada menos que de veinticinco «garants» por día!—, pero May no le dejó.

—Kabé, ¿quieres reunir a la tripulación?

Una semana más tarde, habiendo dado un éxito completo los nuevos aparatos de navegación interestelar, estábamos aterrizando en Aurus.

CAPÍTULO VI

El número inicial de los que componían la expedición se había reducido considerablemente, después de la primera batalla, ganada por nosotros con un amplio margen de ventaja. Ahora quedábamos May, el profesor, Cy Strong, copiloto, y Larry González, radio, además del sargento Hanson y sus siete infantes de marina, aparte de mí, naturalmente. En total, doce humanos y un «robot». No sabíamos con quien tendríamos que enfrentarnos en Aurus, ni si éste estaría habitado, pero en todo caso nuestro potencial, digamos guerrero, se había reducido notablemente.

Los aparatos detectores nos dieron informes de que se trataba de un planeta 0'93 T., es decir, de muy similares características al nuestro, lo cual no dejó de alegramos. La atmósfera era perfectamente respirable y la única desventaja que hallamos, por otra parte apenas perceptible, era que el kilo valía allí 930 gramos. En todo lo demás, no teníamos queja alguna, salvo que la primera impresión que Aurus nos dio era que se trataba de un mundo muerto.

El sol, una estrella de las pertenecientes a la constelación de Alfa del Centauro, calentaba moderadamente aquel globo, brillando con una luz levemente anaranjada, lo cual significaba que había entrado en el periodo de decadencia. No obstante, como aún tardaría varios millares de años en oscurecerse, este detalle, como puede comprenderse, nos traía perfectamente sin cuidado.

Había otras cosas que nos impresionaron más. Por ejemplo, el lugar donde aterrizamos, a base de los chorros, por supuesto, ya que no había posibilidad alguna de establecer una estación espacial. Afortunadamente, nuestra nave tenia potencial suficiente para ello y el consumo de combustible no nos preocupaba en lo más mínimo.

El sitio donde habíamos aterrizado era una llanura roja, pelada, polvorienta, sin apenas ondulaciones en todo cuanto alcanzaba la vista, dando una tremenda sensación de soledad, lo cual no dejaba de deprimir el ánimo. Aquí y allá, ligeras corrientes de aire levantaban turbulentas columnitas de polvo, que se deshacían casi inmediatamente.

Durante un momento permanecimos quietos, absortos, contemplando el desértico paisaje en el cual, como ya he dicho, predominaba el color rojizo. Pensé que un cateador de minas habría aullado de gozo; sin duda los minerales estratégicos como el hierro y otros por el estilo debían existir en grandes masas.

Hubo un breve consejo de guerra, durante el cual se discutió el plan a seguir. May examinó una copia del escrito grabado en el basamento de la estatua de oro fosforescente y desalentada, me miró.

—Aquí —dijo— no se indica el emplazamiento de ninguna ciudad, Kabé.

—El que lo hizo indicó solamente el modo de llegar hasta Aurus. Confiaba en que, los que viniesen, sabrían hallar las ciudades de este planeta.

—Es muy cierto —terció Ratigan—; pero acaso no viva ya nadie en Aurus. A mí me da la sensación de como sí, aparte el color, hubiera visto ya el paisaje en alguna parte, antes de aquí.

—No le extrañe, profesor —dije—. Las ciudades prehistóricas, sepultadas por el polvo de los desiertos deben de ofrecer un aspecto muy semejante al que estamos viendo.

—Tienes razón, Kabé —dijo Ratigan, muy excitado—. ¡Caramba!, eso no se me había ocurrido a mí.

—Lo mejor que podemos hacer es iniciar una exploración, profesor, ahora es cuando entra usted en funciones. ¿Hacia dónde?

Ratigan apoyó la barbilla en la mano y miró en torno suyo. Acabó por encogerse de hombros.

—¿De cuántos orugas disponemos? —inquirió.

—Dos, Calvin —contestó May.

—Entonces, hemos de usar solo uno. No podemos arriesgarnos a utilizar los dos, por temor a una posible avería. Mientras que exploramos con uno, el otro debe quedar en reserva con la nave.

—Y en ésta, ¿quién se queda? —pregunté.

May se lo pensó un segundo, antes de dar la respuesta.

—Strong, el copiloto, con un par de soldados que le cederá Hanson. Los demás iremos en el oruga; hay espacio para todos.

—¿Y si Strong se nos larga y nos deja en la estacada?

Me permití sonreír.

—Lo haría sí tuviera la nave cargada de oro.

Pero así…

Acordado ya el plan la grúa retráctil hizo descender el oruga y mientras unos lo acomodaban, los otros, dirigidos por May y el profesor, lo aprovisionaban de víveres, agua y combustible, para una expedición que durase un mes al menos. El oruga era grande y podía contenernos con relativa comodidad, en tanto que, para los períodos de descanso, utilizaríamos tiendas de campaña que iban desmontadas en el equipaje.

Strong y los dos soldados nos vieron partir, no sin cierta melancolía, y un cuarto de hora más tarde la enorme mole de la astronave había

desaparecido en el horizonte.

Tras nosotros quedaba una espesa nube de polvo, como estela de nuestra rápida marcha, menos incómoda de lo que podía parecer, debido, tanto a la relativa planicie del suelo, como a la excelente suspensión del vehículo. Y, por otra parte, el polvo no nos molestaba lo más mínimo, debido a la cabina estanca, capaz de contener a los diez ocupantes sin dificultad alguna, construida ya exprofeso para el caso de que se necesitara explorar algún planeta o satélite sin atmósfera o con gases nocivos en ésta.

Durante un tiempo que no puedo precisar, viajamos siempre a la misma velocidad, alejándonos de la espacionave con un rumbo prefijado de antemano. Vimos que el sol de aquel sistema descendía hacia el horizonte y calculamos que no tardaría mucho en llegar la noche.

De repente, el tractor frenó de una manera tan brusca que no pudiéndolo evitar, caímos unos sobre otros. Los tacos y los juramentos se sucedieron durante un buen rato y, cuando al fin recobramos el equilibrio, llegó la hora de investigar la causa de nuestra súbita parada.

La lámpara de mi enojo se puso casi incandescente. Por fortuna, no me habían enseñado a pronunciar palabrotas, pero estoy seguro de que unas cuantas me hubieran desahogado notablemente, y tenia razones de sobra para estar enojado.

—¡Nos estamos hundiendo!

No sé quién lanzó el grito, pero, fuera quien fuera, tenía toda la razón. El oruga se hundía.

—¡Diablos! —renegó el profesor—. Pero esto no puede ser; aquí no hay arenas movedizas.

—Pero hay pozos, profesor —dije, con mi ceño de plástico muy arrugado—. ¿No lo está viendo?

Resultaba increíble. Sin embargo, era la pura verdad. El suelo no mostraba la menor alteración, pero habíamos caído en un hoyo, cuya profundidad no podíamos calcular de momento. El movimiento de descenso, iniciado apenas se detuvo el oruga, se había reducido muchísimo; pero era inevitable que, a la larga o a la corta, el vehículo quedase enterrado, de no surgir una circunstancia salvadora.

El polvo era finísimo, impalpable, espeso. Parecía, siendo sólido, una cosa liquida, y sus movimientos eran los mismos que hubiera podido tener el agua, aparte, lógicamente, su opacidad. Pero ya las orugas del vehículo estaban totalmente sepultadas en la extraña arena.

Yo fui quien primero reaccionó. Apreté el botón que hacía descorrerse la cápsula estanca y grité:

—¡Fuera todo el mundo! ¡Salten todos lo más lejos que puedan!

La gente me obedeció sin rechistar. Alguno se enterró de primera intención hasta medio cuerpo, pero fue ayudado a salir sin más contratiempos. A lo que parecía, el hoyo era largo pero estrecho.

Sin perder un solo segundo empecé a arrojar víveres y provisiones fuera del vehículo, que mis compañeros iban cazando al vuelo. Hanson, valientemente, volvió junto a mí y me ayudo en la tarea. Las armas y las tiendas siguieron el mismo paso y cuando terminamos, el descenso del oruga se había contenido.

El día escapaba rápidamente, tanto como el sol se hundía tras el horizonte, adquiriendo un color escarlata como no lo habíamos visto en la tierra jamás. May y el profesor comprendieron inmediatamente la necesidad de acampar allí mismo, y las tiendas fueron montadas con gran rapidez. Un par de lámparas eléctricas, alimentadas por pilas secas, dieron luz a la escena.

De pie en el tractor miré a mis compañeros.

—El oruga ha tocado fondo —dije—. No obstante convendría esperar la llegada del nuevo día para ver de desatascarlo.

—Me parece muy bien —asintió May—; pero ¿cómo?

—Fiaremos que traigan el otro para remolcar éste. Entre todos nosotros no creo pudiéramos moverlo una pulgada de donde se encuentra.

—¿Funciona la radio?

Arrojé una mirada al tablero de instrumentos, casi a nivel del polvo.

—No parece estar averiada —dije—. Para mi, si algún estropicio hubo, lo fue en el grupo motor o en las transmisiones. Pero hasta que no lo hayamos sacado del pozo no podremos saber nada.

May asintió. Entonces yo dije:

—¿Por qué no prueban a cenar? creo que un poco de alimento no les vendría mal.

—Piensas en todo, Kabé.

—Tengo los circuitos garantizados —reí alegremente, pero entonces uno de los infantes de marina lanzó un grito.

—¡Miren! ¿Qué diablos es eso?

La noche estaba ya casi encima y, salvo las dos lámparas que habíamos sacado del oruga, estábamos en plena oscuridad. Excepto en un punto.

Este lugar estaba situado a una distancia imprecisa de nosotros, puesto que las sombras de la noche nos impedían calibrar el espacio intermedio. Se divisaban varías puntos de luz azul verdoso, moviéndose de modo alternativo e irregular, apareciendo y desapareciendo en distintos lugares, pero todas ellos relativamente próximos entre sí.

—¿Habrá habitantes en Aurus? — preguntó May. El profesor se rascó la cabeza.

—Es imposible predecirlo, en tanto no hayamos hallado algún rastro de digamos sus viviendas. La sensación que da este lugar es de que todo lo que tuvo vida murió hace muchísimos años, siglos mejor dicho.

—¿Pues entonces... esas luces? Ratigan apretó los labios.

—Una exploración sería lo más conveniente dijo.

—Opino que dicha exploración debe ser dejada para mañana. Desconocemos este mundo y los peligros que puede encerrar y, a no ser absolutamente necesario, cosa que ahora no considero como tal, no debemos movernos del campamento — razoné.

Todos me miraron, asintiendo con su silencio.

Agregué:

—Por lo que pudiera ser, convendría establecer turnos de vigilancia. Yo puedo estar toda la noche, ustedes bien lo saben, pues no preciso de sueño; pero, en cambio, no puedo vigilar todo lo que haría falta.

—Está bien —dijo entonces Hanson —; eso es ya cosa mía. ¡Slade!

El «marine» tomó sus armas.

—Sí, sargento —respondió.

—Harás dos horas —continuó Hanson—. Los otros te irán relevando paulatinamente. ¿De acuerdo, Kabé?

—Perfectamente, sargento. Slade vigilará el sector de la izquierda y yo el de la derecha. No creo que a nuestra retaguardia ocurra nada. De atacarnos alguien, tendría que venir forzosamente de la parte de aquellas luces.

Después de cenar todo el mundo, sintiendo la imperiosa necesidad del sueño, se acostó. Slade y yo, fuertemente armados, nos situamos a unos cincuenta o sesenta pasos del campamento, vigilando atentamente aquellas luces, cuya oscilación era continua. Careciendo de puntos de referencia, era imposible dictaminar la distancia por lo que, lo mismo podían estar a unos centenares de metros que a una decena de kilómetros, y tampoco sabíamos si eran producidas por seres vivos o se trataba de alguna propiedad particular de Aurus.

De vez en cuando, Slade y yo nos encontrábamos en nuestros paseos, cruzando algunas palabras en voz baja. Pasaron dos horas y entró de centinela un muchacho llamado Skobic, al cual relevó, ciento veinte minutos más tarde, Jerry Barnes.

Media hora escasa habría transcurrido, cuando, súbita e inesperadamente, sonó un grito espantoso.

—¡Socorro! ¡Me atacan! ¡Kabé...!

A continuación un gorgoteo infrahumano y luego una serie de chillidos agudísimos, que pusieron al rojo vivo mis válvulas. Barnes volvió a gritar una vez más y después, tras un par de espantosos chillidos, volvió el silencio.

Volvió, pero por pocos instantes, porque casi al momento se encendieron las luces en el campamento y cuantos había allí empezaron a alborotar.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ha pasado?

El vozarrón del sargento atronó el espacio. Pronto sentí sus pasos.

—¿Dónde está Barnes, Kabé?

—No lo sé. Mejor será que vayamos a verlo y tenga su pistola fotónica a mano.

Alguien vino corriendo con una potente antorcha eléctrica en la mano, disipando las tinieblas de aquel sector. May y Ratigan aparecieron casi a continuación.

—¿Viste lo que pasó, Kabé? Moví la cabeza negativamente.

—Sólo sé que Barnes gritó. Aún no he tenido tiempo de ir a verlo.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo miserablemente —refunfuñó el sargento—. Acaso esté vivo aún el muchacho y…

—Vayamos con cuidado —observé—. No sabemos qué o quién le ha atacado y sería muy doloroso sufrir alguna baja más por imprevisión y negligencia. ¡Denme la antorcha! —pedí.

Fui en cabeza seguido de inmediato por el sargento y un par de sus hombres, los cuales llevaban las armas preparadas a todo evento. Pero al llegar al punto en donde suponíamos debía encontrarse Barnes, nos llevamos la gran sorpresa.

—¡Diablos! ¿Se lo habrá tragado la tierra? —comentó Hanson, levemente amedrentado.

No contesté. En lugar de ello, paseé los rayos de mi linterna por un ancho círculo, buscando las posibles huellas que nos dieran una pista sobre la desaparición del «marine».

De pronto vi algo que me llamó la atención. Corrí hacia aquel lugar.

El suelo estaba revuelto, como si sobre la arena hubiera habido alguna pelea. Había señales que indicaban que algo o alguien se había arrastrado por el suelo y los rastros eran profundos, muy marcados.

—¡Miren! —gritó de pronto Ratigan—. ¡Aquí están las armas de Barnes!

Hanson se tiró como una fiera sobre ellas.

Pero apenas había cogido la pistola fotónica, lanzó un aullido.

— ¡Cuernos! ¡Esto quema! —y la soltó vivamente.

—¡Quietos! —dije secamente—. Que nadie vuelva a tocar nada.

Me arrodillé en el suelo y examiné cuidadosamente la pistola. Parecía estar impregnada de una delgadísima capa de una sustancia viscosa, que daba tonalidades iridiscentes al ser herida por los rayos de luz. Forcé la potencia de mi visión, dándole los veinte aumentos de que podía disponer y durante unos minutos, en medio del más expectante silencio, estudié aquello.

Volví luego la visión a su normal estado y me puse en pie.

—¿Le sigue doliendo, Hanson? —pregunté. El sargento asintió con la cabeza. —Déjeme ver su mano —pedí.

Enfoqué sobre ella el haz de rayos de la lámpara.

La estudié de] mismo modo que había hecho con la pistola fotónica.

—Sargento —dije al cabo—, es usted un hombre de suerte.

—¿Por qué? —inquirió asombradísimo, en medio de la estupefacción general.

—Porque ha estado a punto de quedarse sin mano.

—¡Kabé! —exclamó May —. Es muy fuerte eso que estás diciendo.

—Pero, en todo caso, la más estricta verdad, May —, respondí.

—Bueno, bueno —rezongó el sargento—. ¿Querrás explicarte de una vez, maldita máquina?

—Sargento —dije—, ha estado usted a punto de perder su mano, de la misma forma que Barnes perdió la vida.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de que ha muerto?

—Y de la forma más horrible que imaginarse pueda uno. Hablando con toda crudeza, ha sido digerido por una bestia cuyas características morfológicas desconocemos; pero que, a juzgar por el rastro que ha dejado, debe ser lo más parecido a un gusano o a una larva, sólo que de un tamaño mucho más colosal. Eso que le ha dado a usted sensación de quemadura, Hanson, no es ni más ni menos que los restos de los jugos gástricos que disolvieron el cuerpo de Barnes en contados segundos.

Nadie contestó a mis palabras, porque el horror que habían causado les había privado en absoluto del habla.

A lo lejos, las lucecitas seguían apareciendo y desapareciendo, como si fueran ojos de seres desconocidos que se burlaban de nosotros haciéndonos guiños.

CAPÍTULO VII

Nadie durmió ya en el resto de la noche. Todo el mundo permaneció alerta y vigilante, aunque tuvimos la fortuna de que aquellas horribles y desconocidas bestias no volvieran a atacarnos, El día llegó, poniendo siquiera fuera momentáneamente, fin a aquel estado de tensa angustia,

El sol de aquel sistema se levantó, alumbrando una serie de pálidos y desencajados rostros. Apenas se hizo de día, nos precipitamos a estudiar los rastros de aquellas fieras.

Provisto de unos sólidos guantes, toqué el suelo por los sities en donde se habían arrastrado los anímales que devoraran al infortunado Barnes. Una sustancia pegajosa, brillante, cubría el rastro semicilíndrico que habían dejado, pero se desvaneció apenas los rayos del sol la tocaron.

—Esas fieras deben de ser noctívagas —sugirió Ratigan.

Yo asentí:

—Probablemente; y, además, doblemente peligrosas, porque no se las ve ni se las oye venir. ¿De qué calibre estará hecho su estómago?

El rostro del profesor se puso verde.

—¡Por favor, Kabé! —dijo, poniéndose una mano en la boca.

Entonces alguien lanzó un grito.

—¡Miren hacia allá!

Skobic señalaba un punto en la lejanía. Varias chispas de luz brillaban,

como si fuese metal herido por los rayos de sol. Contuve oportuno la palmada, que había estado a punto de darme en la frente.

—¡Ya está! — exclamé.

—¿Qué es lo que «ya está», Kabé? — preguntó May, intrigadísima.

—Las luces de anoche. ¡Naturalmente! Fuimos unos idiotas, cuando menos nosotros tres, al no adivinarlo.

Los ojos de la chica se dilataron.

—Quieres… quieres decir qu… que aquello que brilla es oro fosforescente?

—¿Qué otra cosa puede ser? Nosotros no lo vimos anoche, por la sencilla razón de que el sol lanzaba, sus rayos en dirección opuesta a como lo hace ahora. De lo contrario, hubiéramos visto el reflejo, ¿comprenden?

Ella asintió, y acto seguido hizo otra pregunta.

—Pero entonces, ¿por qué oscilaban las luces, Kabé?

Fue el propio Ratigan el que dio la contestación, exacta en mi parecer.

—Soplaba un poco de viento, que levantaba nubes de arena, acaso más intensas allá que en donde estamos, haciendo aparecer y desaparecer las lucecitas.

—¡Menos mal! — respiró aliviado el sargento.

Yo siempre temí que fueran las almas en pena de los que habitaron este condenado planeta.

Las palabras de Hanson tuvieron la virtud de disipar un tanto la tensión que reinaba. El sargento prosiguió:

—Bien, ¿y a qué esperamos para continuar? Hice un breve cálculo.

—Debemos de estar situados a unos veinte kilómetros de distancia del lugar donde brilla el oro. Mientras tanto no llegue el otro tractor, para desenterrar éste, no podemos movernos. Ni nos conviene además — añadí—, puesto que no sabemos si esas fieras son capaces de atacar de día.

—En este caso, las cabinas de los orugas podrían servirnos de

protección —sugirió el profesor.

—Exacto. Y ahora lo que debemos hacer —dije—, en tanto llega el otro oruga, es: ustedes desayunar, y luego, todos, levantar el campamento, para estar dispuestos a la partida.

El segundo oruga tardó en llegar menos de lo que esperábamos, Era conducido por uno de los «marines», el cual, naturalmente, hubo de agregarse a la expedición. Con su ayuda, fue fácil desencallar el que estaba semihundido en el polvo y, tras haberlo limpiado, reanudamos el viaje.

Al ritmo de marcha que llevábamos, calculé, dadas las irregularidades del terreno, cada vez más acentuadas, que tardaríamos casi una hora en llegar al punto donde hablamos visto relucir el oro y que ya no brillaba, debido a la altura del sol en el horizonte. El profesor, May y yo íbamos en el vehículo que encabezaba la pequeña caravana.

Unos kilómetros y veinte minutos más allá, frené en seco el oruga,

—¿Qué pasa, Kabé? — preguntó May.

Alargué la mano, señalando un punto situado a una docena de metros delante de la proa del carruaje.

—¿Qué les parece? —dije.

Se veía la redonda boca de un hoyo en el suelo, pero excavado en forma oblicua, casi horizontal y que tendría casi un metro de eje. Había claras señales de que «algo» se había escondido allí, arrastrándose.

El profesor frunció el ceño.

—Da la sensación de ser la madriguera de uno de esos bichos —murmuró.

May no pudo contener un estremecimiento de repugnancia.

Yo dije:

—Si es así, pronto vamos a verlo.

—Kabé —gritó May—, puede atacarte.

—Eso es lo que intento provocar precisamente su ataque. Conociendo su forma y su manera de moverse, podremos defendernos mejor en

caso de ulteriores ataques — y sin más, salté del tractor al suelo.

—¡Ranson! —ordenó May—, ayúdelo.

El sargento se colocó detrás de mí prudentemente provisto de una pistola fotónica. Yo también llevaba otra. Me fui acercando con precaución a la entrada de la madriguera.

Hanson soltó un bufido.

—¡Cielos! ¿Entra en mis obligaciones el aguantar este hedor?

Aquello debía apestar, pero el sentido del olfato, así como el del gusto, no existen en los «robots», de modo que a mi no me afectaba. Continué acercándome, viendo de reojo que había más pistolas fotónicas encaradas a aquella redonda y negra boca.

Me detuve, precavidamente, a unos cinco o seis metros de la madriguera. Miré, esforzándome, pero no pude ver nada.

—Estará abandonada, Kabé —sugirió a gritos el profesor.

—Vamos a verlo ahora —dije, y agachándome, tomé uno de los proyectiles más primitivos: una piedra.

La arrojé con todas mis fuerzas al interior de la cueva. Esperamos unos momentos sin obtener respuesta, lo cual me hizo repetir la operación.

Empecé a pensar que, efectivamente, el profesor había tenido razón, cuando de pronto un unánime grito de asombro brotó de todas las gargantas. «Algo» salía de la cueva.

Aquello no tenía nombre. Era un horror viviente, algo que no hubiéramos soñado ver jamás, algo que calentó mis válvulas al máximo obligándome a aumentar la potencia de mi sistema refrigerador interno. Según pude apreciar, la peste aumentó enormemente.

Era un gusano, pero ¡de qué tamaño! Indescriptible, inenarrablemente espantoso. Salió de su cueva, en la cual estaba comprimido, dilatándose casi otro tanto al llegar al exterior. Todo su cuerpo estaba formado por unos cuantos cientos de segmentos, con una longitud total de cinco o seis metros y el color blanco verdoso, horripilaba nada más con la vista.

Pero aún no había acabado allí nuestra estupefacción. Había algo más

que elevó al máximo, si es que podía, el horror y la repugnancia que nos infundía aquella repelente bestia.

Como digo, era muy parecida a un gusano terrestre, de cabeza redondeada, en donde se veía una especie de boca, semicircular, de un metro de longitud, armada de infinidad de dientes, muy pequeños, acaso más que los de un humano, afiladísimos como los de una sierra mecánica. Aquella boca era capaz de segar un cuerpo con la mayor facilidad, y, por si fuera poco, cinco ojos de un repugnante color glauco, estaban situados en hilera, un poco más arriba de la cabeza.

Al salir el gusano de su madriguera, su grosor aumentó casi a los dos metros, con lo que ya alcanzaba la altura de un hombre. Sus segmentos se movían espasmódicamente, proporcionándole los medios de tracción en el suelo, aunque pude darme cuenta de que lo hacia con mucha lentitud. En seguida supe las causas de tal lentitud.

La bestia estaba en el sopor de la digestión.

Todavía no había acabado de digerir a Barnes.

¿Cómo es posible que lo supiera? Facilísimo. Su cuerpo era casi transparente, y a su través se veían los huesos del desgraciado «marine», más duros de digerir que el resto de su cuerpo. Algunos, más blandos, habían sido ya atacados por los terribles jugos gástricos de la fiera, pero aún se podían ver otros, los grandes, como los del cráneo, algunas vértebras y parte de los de las piernas y brazos, todavía intactos.

May sollozó audiblemente. Ratigan juró como un piloto de astronave cuando tiene que hacer una corrección de rumbo con escasez de combustible. Algunos vomitaron el desayuno.

Los cinco ojos del repelente animal nos miraron turbiamente. Percibí en ellos un odio infrahumano, pero también me di cuenta de que, repleto su monstruoso estómago, carecía de agilidad de movimientos. En circunstancias normales, aquello debía moverse con la rapidez de un crótalo, lo cual, dado su tamaño, lo hacía convertirse en un terrible enemigo.

—¡Destruyámoslo! —aulló Hanson enloquecido, y alzó su pistola fotónica.

Un cegador haz, de rayos brotó del arma, alcanzando al monstruo en mitad de la cabeza. Pero no pareció ocurrirle nada, excepto que emitió un agudísimo chillido, que estuvo a punto de hacer polvo mis válvulas

auditivas.

El colosal gusano movió su torpe cabezota y reptó hacia el asombrado Hanson, el cual no comprendía cómo un animal como aquel, podía resistir impunemente una descarga que hubiera fulminado a un mamut. Repitió los disparos que le hacia a la cabeza, los repitió al centro del cuerpo. Aquí obtuvo un pequeño éxito.

Un negruzco boquete apareció en uno de los costados del gusano. Este se retorció epilépticamente, Pero debía de poseer una vitalidad inmensa.

De no haber sido por el dramatismo de la situación, hubiera sido cosa de disparar a todo trapo el circuito de la risa, viendo a Hanson saltar de un lado a otro, sin cesar de apretar el gatillo de la fotónica, y tapándose las narices con la mano libre.

Ratigan se tiró del tractor, con otra pistola en la mano Y unió sus disparos a los nuestros. En pocos momentos, el gigantesco gusano se convirtió en una hedionda masa negra, que humeaba lentamente.

Según vi reflejados en los ojos de mis compañeros, el hedor que exhalaba aquella negra masa, debía de ser espantoso, por lo cual, dando por zanjado el incidente, montamos de nuevo en los orugas, reemprendiendo la marcha. Pero no pasaron más allá de cinco minutos sin que frenara de nuevo el vehículo.

—¡Mirad! —exclamé—, Frente a nosotros.

Un nutrido pelotón de gigantescos gusanos, deslizándose con gran rapidez sobre el suelo, se encaminaba hacia nosotros, lanzando horrísonos chillidos.

—¿Querrán atacarnos? — dijo May pasmada.

Apreté el plástico de mis labios.

—Es muy probable —respondí.

—¿Cómo... dices, Kabé?

—Lo que oye, May. Estoy seguro de que la fiera que matamos llamó en su auxilio a estos bichos que vienen ahora hacía nosotros.

—¡Cielos! ¿Es posible que esas larvas tengan inteligencia?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero no me extrañaría. De todas formas, precisaríamos atrapar una viva, para estudiar su cerebro, o lo que haga las veces de éste, por medio de un electroencefalograma.

—No creo que consigamos cazar una viva.

—Ni yo tengo intenciones de hacerlo — dije. Luego cerré la cúpula y vi que los del otro tractor me imitaban. Establecí contacto radial con ellos.

—Procuren no entablar lucha directa con los gusanos —exclamé.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó May.

—Largarnos de aquí cuanto antes.

Pulsé a fondo el botón del gas y el oruga pareció saltar hacia adelante. La arena del suelo voló a lo alto, despedida en rojas surtidores.

Los gusanos, inteligentes o no, arremetieron contra nosotros. Sin duda debían de «pensar» que los vehículos eran unos animales también, o acaso seres de nueva especie; pero, en todo caso, enemigos suyos.

El oruga se bamboleó cuando una docena de aquellos espeluznantes bichos lo atacaron conjuntamente. Percibimos sus dientes al intentar morder inútilmente el durísimo acero del vehículo.

Este saltaba y traqueteaba, aplastando aquellos repugnantes cuerpos. Uno de ellos consiguió, reptando de un modo increíble, subirse arriba, y arremetió contra la protectora cúpula de plástico. Varias grietas surgieron de modo repentino y alarmante en ella.

Todos palidecieron al comprender lo que podía pasar si las fieras lograban destrozar los techos transparentes. Éstos se habían construido pensando en resistir simplemente una o dos atmósferas G de presión, en algún mundo lleno de gases irrespirables, pero en ningún modo se había esperado que unas fieras tratasen de violentarlo. Y, como no anduviéramos listos lo conseguirían.

El plástico comenzó a crujir alarmantemente. No sé de qué manera lo conseguían, pero los dos gusanos que teníamos encima —otro había trepado también—, se sostenían perfectamente sobre el techo, a pesar de los botes del carruaje. Y yo temía que más que sus esfuerzos, fuera el simple peso lo que acabara por reventar la cúpula.

Noté, al rodar, que varios de los gusanos eran aplastados contra el

suelo por las anchas cadenas de los orugas. Chorros de una repelente sustancia blanca verdosa fueron proyectados contra el techo de plástico, y, sobre éste, los dos gusanos continuaban en sus intentonas.

—Tenemos que librarnos de ellos sea como sea —gritó Ratigan—, o de lo contrarío acabarán aquí con nosotros.

Habiendo salvado ya él principal obstáculo, que era el núcleo de los gusanos, quedaban solamente los dos que viajaban con nosotros y que, tenazmente, insistían en sus feroces mordiscos contra el duro techo. Más grietas aparecieron en este. Pavorosos crujidos nos llenaron de espanto.

De pronto, se me ocurrió una idea. Era desesperada, descabellada, pero no podíamos hacer otra cosa, si queríamos salir con bien de aquella apuradísima situación.

—¡Hanson! — grité—. Disponga sus armas. Todos listos para cuando yo lo diga.

Apoyé la mano en el pulsador de apertura. Seguidamente grité:

—¡Ahora!

El techo de plástico fue despedido a un lado. Cogidos los gusanos por sorpresa, rodaron por el suelo, lanzando espantosos chillidos.

Pero nosotros, como enloquecidos, gritábamos aún más que ellos. Poniéndonos en pie sobre el vehículo, empezamos a disparar frenéticamente nuestras pistolas. La arena se vitrificó en torno a los gusanos, que se retorcían epilépticamente al recibir las feroces descargas.

Acabamos con uno de ellos, pero el otro, moviéndose con infinita agilidad, como si estuviera dotado de inteligencia, esquivaba buena parte de nuestras descargas. Había sido alcanzado por algún disparo, mas, aun así, su capacidad de resistencia era fenomenal.

Disponiéndose a lanzar un último golpe, el gusano se enderezó verticalmente, apoyándose sólo en una ínfima parte de su cuerpo. Su repelente mole se elevó al menos en dos metros sobre nuestras cabezas. Se movió como una cobra antes de lanzar el golpe de sus venenosos colmillos.

Pero entonces vino el otro oruga, a toda velocidad. Tomándolo de frente, despidió al nauseabundo gusano a gran distancia, haciéndolo

rodar sobre sí mismo, en medio de atroces chillidos. Luego, antes de que pudiera disponerse de nuevo a la defensa, lo aplasté con las cadenas, reduciéndolo a una informe masa semilíquida, sobre la cual flotaban restos de su transparente caparazón, todo ello en medio de un terrible hedor para los humanos.

—¡Salgamos, salgamos de aquí cuanto antes! — gritó May, angustiadísima.

La vi pálida, sin una gota de sangre en sus mejillas.

Obedecí, sentándome de nuevo ante los mandos del tractor. Di el gas y dejamos atrás aquel lugar de muerte y desolación, en el que quedaban, como muestra del feroz combate desarrollado, varios montones negruzcos y repugnantes que humeaban despacio, y unos cuantos cuerpos de gusanos, aplastados y reducidos a pulpa por nuestros vehículos.

Exhaustos, más que por el cansancio físico de la lucha, por la terrible tensión a que habían sido sometidos los nervios de los humanos —y mis válvulas a un voltaje inhabitual—, callamos durante un buen rato. Y hasta avistar el punto al que nos dirigíamos no recobramos el uso de la palabra.

Entonces, las exclamaciones de admiración, de todos los calibres brotaron unánimes de todos los labios.

CAPÍTULO VIII

Detuve el tractor. Dejé que los humanos se despacharan a su gusto, en tanto yo contemplaba el paisaje que teníamos ante nosotros.

Nos hallábamos al borde de un extenso y poco profundo valle, de suaves pendientes en cuyo centro, ocupando casi toda su extensión, se hallaban los restos de lo que antaño fuera una gran ciudad.

Los edificios afectaban formas extrañas, aunque regulares, concebidas con arreglo a un plan arquitectónico preconcebido, La mayoría de ellos, por no decir todos, estaban sumidos en la más absoluta ruina y solamente unos pocos, acaso mejor construidos que el resto y de

mayor altura, sobresalían del conjunto.

Éstos —supuse— eran los que habíamos visto la noche anterior, refulgiendo con irregulares intermitencias, porque todos ellos, sin excepción, estaban forrados de planchas de aquel extraño oro que tenía la no menos extraña virtud de fosforescer en las tinieblas.

Naturalmente, muchas de aquellas planchas, cuyo objeto debía ser más decorativo que estrictamente funcional —me refiero a la función edificativa, por supuesto—, se habían desprendido de los muros y habían caído al suelo. La arena del desierto había ido invadiendo, lenta, pero implacable, la ciudad muerta, sepultándola casi en su totalidad. No obstante, las calles larguísimas, tiradas a cordel, eran perfectamente reconocibles y por descontado que una expedición, provista de los medios necesarios, podía obtener allí una verdadera fortuna.

De vez en cuando, algún soplo de viento levantaba un pequeño remolino de roja arena que se deshacía casi en el acto. El contraste entre la arena y el dorado metal hería con demasiada fuerza mis válvulas visoras.

Me volví hacia May.

—Bueno, jefe —dije—; ya ha conseguido usted lo que deseaba. Aquí tiene la ciudad del oro.

Ella se estremeció.

—No sé qué decirte, Kabé. Todo este silencio me parece siniestro, lúgubre, de mal agüero...

—De un momento a otro se aparecerán los fantasmas de sus moradores —dije, riendo—, irritados por la turbación de su descanso.

May movió su cabeza.

—No... no es eso. Yo no creo en fantasmas, Kabé..., pero nunca he estado en un sitio que me desagrade más que éste.

Ratigan se encogió de hombros.

—Yo estoy acostumbrado a las ciudades muertas y para mi, descontando el hecho de que se encuentren restos de una civilización extrahumana, en un planeta alejado del nuestro cuarenta billones de kilómetros, lo cual no deja de prestarle un singular atractivo a la cosa;

lo demás no tiene importancia. ¿Continuamos?

Asentí y pisé el acelerador. Descendimos al valle y unos minutos mis tarde, el secular silencio de aquella ciudad era roto por el sonido de las cadenas de nuestros orugas.

Debía de haber sido una verdadera metrópoli a juzgar por su extensión. Girando en ángulo recto, metí el tractor en lo que debió ser una gigantesca avenida de varios kilómetros de longitud, anchísima, recta, perdiéndose su fin casi en la lejanía. La arena, en algunos lugares protegidos del viento, se había ido acumulando lentamente y alcanzaba grandes alturas, sepultando totalmente muchos edificios.

Otros habían tenido mejor suerte y habían resistido incólumes, aún con la mayoría de sus planchas de oro adheridas a los muros. Por un instante me imaginé el refulgente espectáculo de aquella metrópoli, luciendo en la noche, como un ascua, sin otra luz que la que le proporcionaba el metal llena de animación y de vida. Hombres, mujeres, niños, todos pasearían y caminarían por allí, llenando el espacio con sus voces y sus risas. Y ahora, todo aquello había desaparecido y se había convertido en polvo, sumido por completo en un silencioso olvido.

Caminábamos despacio, examinando todo cuanto nos rodeaba con la mayor atención. May hizo de pronto una pregunta.

—Calvin, ¿por qué cree usted que los habitantes de Aurus murieron?

El arqueólogo se encogió de hombros.

—¡Vaya usted a saber! Lo mismo pudo ser una feroz guerra total, que arrasó la superficie entera del planeta, con todo cuanto había sobre ella, que igual pudo ser una batalla entablada entre la ciudad y el desierto.

—¿Carencia de agua?

Ratigan se frotó la mandíbula.

—No lo creo. Babilonia estaba en el centro de un vergel, en el cual sobraba el agua. Pero en cuanto la abandonaron, fue cubierta por las arenas del desierto.

—Bueno, pero ello fue porque los persas desviaron el río, Calvin —objetó May.

—¿Sabemos si aquí no ocurrió algo muy parecido? Lo cierto, lo indudable es que aquí hubo una civilización y que, por lo que fuera, desapareció.

—¿Humana? .

—Las muestras indican que su apariencia debió ser muy parecida a la nuestra. Vea —dijo el profesor, señalando con el índice un edificio en buen estado—; se ven algunos peldaños de una escalera. Su sistema locomotivo debía de ser muy similar al nuestro.

—¿Por qué cree usted que debían de ser como nosotros, Calvin?

Éste se encogió de hombros.

—Por la misma razón que las exploraciones espectroscópicas de las estrellas nos dicen que sus componentes básicos son los mismos que los del Sol terrestre, por ejemplo: carbono, oxigeno, hidrógeno, son elementos que no faltan en ningún astro, solos o asociados con otros elementos químicos. Esta misma arena debe de tener, aparte del silicio, una cantidad enorme de óxido de hierro. Por lo tanto, opino, aun cuando no parezca tener relación alguna, que el ser que utiliza una escalera para ascender a un nivel superior ha de parecerse mucho a un hombre, sino es que pertenece a su raza.

—Además —tercié—, está la prueba concluyente de la estatua. Su aspecto era típicamente humano.

—Eso es. Probablemente sería alguna deidad tutelar, o bien alguna reina que gobernó en este mundo y cuya imagen se consideró lo suficientemente importante como para legarla a la posteridad.

En tanto que conversábamos acerca del mismo tema, no dejábamos de examinar con ojos atentos y las armas preparadas, cuanto teníamos a nuestro alrededor. El silencio era absoluto y no se veían otros seres ni ninguna señal de vida que no fuera la nuestra.

De pronto, la avenida se ensanchó en una espaciosa plaza, de un tercio de kilómetro de anchura. Hanson lanzó un berrido estentóreo.

—¡Miren, miren lo que se ve ahí! ¡A la izquierda! Hice girar el tractor y lo puse frente a un enorme edificio que se veía cerrando casi en su totalidad uno de los lados de la plaza. Había sido, indudablemente, de gran altura, pero ahora ésta, con el paso implacable de los siglos, había disminuido. No obstante, la mitad inferior se conservaba en buen estado y tenía aún la mayoría de sus planchas adheridas a los

muros.

Recorrí en unos segundos el centenar de metros que nos separaba de él. En su centro tenía una puerta enorme, aunque no muy alta, de más anchura que elevación, cuadrada, completamente abierta de par en par, dejando ver parte del interior del edificio hasta donde alcanzaba la claridad que penetraba por la entrada. Se veían dos o tres largísimos peldaños, demostrativos de que, allí había habido una gran escalinata, ahora casi toda sepultada por la arena.

Algunos saltaron a tierra.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Tengan las armas a punto y los ojos bien abiertos!

—¿Crees que también aquí puede haber gusanos, Kabé?

—Mas que faisanes, desde luego —repuse, y salté al suelo, ayudando luego a descender a May.

Avanzamos, hundiendo los pies en la arena. Subimos los escalones y nos hallamos a nivel del piso del edificio. Entonces vimos algo que nos llenó de sorpresa.

¡No había la menor partícula de arena en el interior!

—¡Caramba! —exclamó Ratigan, sinceramente asombrado—. Parece como si la brigada de barrenderos hubiera quedado con vida para mantener esto limpio.

El profesor tenía razón. Lo lógico era que la arena hubiera penetrado en el interior, cubriendo, si no todo el piso, si buena parte de él. Pero allí no había nada de eso; todo estaba inmaculadamente limpio, brillante, pulidísimo, como el primer día que fueron colocadas las láminas de oro que lo componían y cuyas junturas apenas si eran perceptibles a simple vista.

Pero no; la arena se detenía en el umbral, formando una perfecta línea recta, incluso montones cónicos por un lado y absolutamente lisos por otro. Aquello era un misterio para nosotros.

—¡Diablos! —masculló el profesor—. Esto sí que es raro.

—¡Aguarde un momento, Calvin! —dije, tras haber hecho funcionar mis circuitos con el máximo voltaje.

—¿Qué vas a hacer, Kabé? —me preguntó Kay. La atención general quedó centrada en mí. Inclinándome, tomé un puñado de arena y lo lancé al interior del edificio.

¡La arena no entró!

Resbaló simplemente, como sI hubiera chocado con un muro del más transparente cristal. Se oyeron varias exclamaciones de asombro.

—Me da la sensación de que hay una barrera deflectora que impide el paso de la arena —dije.

—¿Con qué objeto? —murmuró Ratigan.

—Está bien claro. Preservar el interior de este edificio.

—¿Para qué? —ahora fue May la preguntona.

—Sencillamente, para que alguien viniese un día y lo pudiera hallar en perfecto estado.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Que entrando ahí dentro podremos desvelar el misterio de Aurus.

—Pero nos lo impide la barrera que evita la entrada de arena, Kabé.

—Será cosa de verlo —dije, y de un salto pasé al otro lado.

Ratigan me imitó, estremeciéndose.

—¡Demonios! ¡Vaya un cosquilleo!

—Seguramente la influencia eléctrica de la barrera deflectora, profesor —dije—. Yo, por mi condición de «robot», estoy exento de esa clase de sensaciones.

—A ti, ni un ciclotrón te conmueve —masculló Ratigan, muy ofendido al parecer.

Los demás, lanzando algunos gritos de sorpresa o de susto, pasaron al otro lado.

—Se siente —comentó May—lo mismo que cuando tocamos, inadvertidamente, el conductor eléctrico de una lámpara corriente, a ciento veinticinco voltios.

—Es suficiente para la arena —observé—. Fíjese en el suelo profesor.

El oro del pavimento estaba cubierto, en algunos trozos, escaqueados según un orden regular, de numerosos grabados de una escritura similar a la que habíamos visto en el basamento de la famosa estatuilla.

—Esto debe ser la historia de Aurus —dije—, o, por lo menos, la de la ciudad en que nos hallamos. ¿Lo entiende usted, May?

La chica pareció concentrarse.

—Si, pero necesitaría algo de tiempo.

—Bueno — exclamó chancero el profesor —; eso es lo que aquí nos sobra.

—De todas formas —proseguí—, obtendremos fotografías de todas las planchas grabadas, con lo cual May podrá hacer su labor con mayor comodidad. Así...

—¡Vengan, dense prisa!

Era Skobic, el «marine», al cual apenas si se le podía ver, sumido en la penumbra del interior del edificio. Los humanos respiraron aliviados al ver que no le había ocurrido nada.

Pero el muchacho tenía motivos sobrados para asombrarse. Había algo allí, en el centro, que nos dejó a todos sin habla.

Para verlo mejor, di una orden.

—¡Luz!

Alguien sacó una antorcha eléctrica. Aquella cosa quedó brillantemente iluminada.

Nos acercamos a ella, llenos de curiosidad y con infinito respeto.

Era un sarcófago de oro purísimo, lleno de bajorrelieves de una singular belleza, en el cual había una mujer, de excepcional hermosura.

Parecía dormida, salvo la quietud de su seno.

Los colores de su bellísimo rostro estaban tan vivos como el día en que fue depositado en aquel lugar y sus vestiduras no habían sufrido

absolutamente nada. Cualquiera habría dicho que acababan de salir del telar. Naturalmente, a ello había coadyuvado la cápsula de vidrio que envolvía totalmente el sarcófago, preservándolo herméticamente de nocivos elementos extraños. Me dio la sensación de que, de un momento a otro, iba a despertarse.

—¡Es hermosísima! — comentó sinceramente Ratigan.

Vi un súbito chispazo de irritación en los ojos de May, prontamente apagado.

Hanson fue mucho más gráfico. Silbó profundamente.

Y May lanzó un grito.

—¡Es ella, Calvin! ¡Kabé, es ella! ¡La misma! ¡Oh, ahora la reconozco! Pero, ¿es que no lo ven ustedes? ¡La mujer de la estatuilla!

Acerqué mis narices hasta que tocaron el vidrio que aislaba la belleza de nuestro contacto. Me di cuenta de que May tenía esta vez toda la razón del mundo.

—Pues es verdad — dije con voz apagada.

—¿Está viva? —preguntó el sargento.

Ratigan se acarició la mandíbula.

—Eso es algo que me gustaría saber —dijo—, pero no me atrevo.

—No se atreve, ¿a qué, profesor?

—A levantar la envoltura de vidrio, Kabé. He conocido casos de momias que soportaron impunemente una estancia de varios miles de años en su tumba; pero que al contacto con el aire se deshicieron en polvo instantáneamente.

—Tiene razón, Calvin —dijo May, tomándole del brazo, sin darse cuenta—. ¡Es tan hermosa! —¿Quién sabe si no nos ha estado aguardando aquí durante miles de años?

Ratigan soltó un gruñido.

—Daría mi brazo derecho por reventar la tapa de cristal, pero no me atrevo, no me atrevo. Me parece que sería una profanación.

—¿Entonces… la dejaremos aquí, profesor? —dijo el sargento.

Todos teníamos la vista clavada en la bellísima desconocida.

Ratigan nos consultó a May y a mi con la vista.

Suspiró y dijo;

—Si.

—De todas formas —se encogió Hanson de hombros—, lo que sobra es oro. Hay para hacernos ricos a todos de sobra.

Entonces ocurrió algo extraño. Para ver mejor la faz de la muerta, Skobic dio la vuelta al sarcófago, y de pronto cayó al suelo. Se incorporó, no obstante, en seguida. Se oyó ruido de vidrios rotos.

—¡Diablos! ¿Qué es esto? —exclamó.

Corrí hacia el «marine». Vi que había tropezado en un saliente del pavimento, muy cerca de la cabecera del sarcófago, y al tropezar había roto la tapa de vidrio que lo cubría, dejando ver en él una serie de botones y pulsadores de distintos colores.

—Éste debe ser el secreto que permite abrir la tumba —dijo el profesor, muy excitado. El arqueólogo surgió a la superficie.

—Pero no lo hará, ¿verdad?

Nos miramos fijamente. Su pecho se hinchó poderosamente, como bajo el influjo de emociones de distinto signo. Al fin, y con gran pesar, movió la cabeza.

—No, no lo haré, Kabé. Por el contrario, trataremos de tapar esa caja de controles, de modo que nadie vuelva a tocarla jamás.

May le miró con los ojos brillantes por la emoción.

—Es la mejor cosa que ha podido decir, Calvin —y sus labios me parecieron más rojos que nunca.

Ratigan sonrió embobado.

Hanson le dio una tremenda palmada en la espalda.

—¡No se queje, profesor! No sé cuál de las dos —y movió la cabeza en dirección al áureo sarcófago—, es más guapa, pero en todo caso, la doctora Spencer es de carne y hueso. ¡Y de la Tierra, además!

Todos reímos la salida del sargento, pero entonces ocurrió un hecho totalmente imprevisto.

Alguien sacó tabaco y repartió cigarrillos. Hanson metió mano a uno de sus bolsillos y extrajo el encendedor. Se le cayó.

Hubiera sido un hecho nimio, sin trascendencia, de no haber caído sobre la caja de controles. Botó y rebotó un par de veces, golpeando los pulsadores, antes de saltar fuera —era un encendedor tipo perpetuo, muy pesado.

Hanson se agachó a recogerlo, pero al levantarse se olvidó de encender el cigarrillo que le pendía de sus labios. Su dedo índice señaló hacia la entrada, de modo harto vacilante.

—¡La puerta se cierra! — aulló.

Con gran rapidez, dos pesadísimas hojas metálicas, ocupando cada una la mitad del espacio de la entrada fueron a encontrarse, chocando con sordo ruido, que hizo retemblar fuertemente el edificio. No nos dio tiempo ni a dar un paso para evitar la catástrofe.

A no ser por la antorcha eléctrica, la oscuridad hubiera sido total dentro del colosal edificio. Pero muy pronto empezaron a disiparse aquellas espesas tinieblas.

El oro del interior empezó a fosforescer, suavemente al principio, con más fuerza después, hasta iluminar brillantemente todo cuanto nos rodeaba.

May lanzó una exclamación.

—¡Ahora lo comprendo! Este metal sólo luce cuando no hay luz diurna que ejerza influencia sobre él.

—Exacto —agregue—; y el cierre hermético de la entrada impide la entrada del menor rayo de luz del exterior.

—Pero estamos apañados aquí dentro, encerrados —masculló el sargento—. Los víveres están en los orugas.

—Bueno —me encogí de hombros—, para abrir la puerta, sólo necesitamos oprimir un timbre de ésos.

—Desde luego —aprobó May—; pero ¿cuál? Porque el encendedor golpeó uno o dos de ellos antes de quedarse quieto.

Me mordí los labios, buscando la solución. Luego miré al profesor.

—No habrá más remedio que arriesgarse, Calvin.

El aludido asintió, sudando copiosamente.

—Sí, Kabé. No podemos permanecer indefinidamente aquí.

—¡Un momento! — exclamó May —. Opino que sería muy interesante buscar una salida de emergencia antes de tocar nada, ¿no les parece?

Alguien soltó una irónica risita.

—¿Una puerta? —bufó Hanson despectivo—. Mire esas paredes. No hay una grieta lo suficientemente ancha para meter entre medio una hojilla de afeitar.

—No discutamos más —exclamé—. Vamos a probar nuestra suerte.

Todavía estaba inclinado sobre la cajita de controles, cuando alguien lanzó un alarido que —no es exageración— puso todos mis pelos artificiales de punta.

—¡Se despierta! ¡Está despertándose! ¡No está muerta!

La primera impresión que reflejaron los rostros de los humanos fue de pavor, más que de miedo, ante un hecho que no tenía explicación lógica y que, estoy seguro, trajo a la imaginación de más de uno antiguas leyendas de vampiros y momias resucitadas.

Mis válvulas rechinaron estruendosamente dentro de mi metálico interior. Fuera el que fuera el autor del grito, tenía toda la razón del mundo.

La mujer del sarcófago había abierto sus ojos y se estaba sentando dentro de su lujoso lecho de muerte.

El silencio se hizo dueño absoluto de todos nosotros.

CAPÍTULO IX

Si ya el cierre de la puerta había constituido una gran sorpresa para nosotros, el ver que la hermosa desconocida volvía a la vida, nos dejó sin habla. Porque no había la menor duda; la belleza aquella estaba viva y bien viva. Podía verse el brillo de sus ojos y la agitación de su seno al respirar. Nos contempló asombrada unos momentos, aun antes de que nosotros saliéramos de la estupefacción en que habíamos caído. Nos tenía admirados.

Debió ver en nosotros pacíficas intenciones, porque nos sonrió de una manera particularmente encantadora. Luego apoyó su mano en el borde del sarcófago y oprimió un pequeño saliente que en él había.

La cubierta de vidrio se deslizó a ambos lados, partiéndose en dos y sumiéndose en el suelo. El áureo lecho quedó libre.

Fui el primero en reaccionar. Me acerqué y la ayudé a descender al suelo, cosa que hizo con suprema gracia y elegancia. Sus espesas pestañas aletearon en señal de reconocimiento.

Admiramos todos la pureza de sus líneas, así como lo elevado de su estatura, lo cual nos indicó que pertenecía a una raza noble, no contaminada por impuras mezclas de sangre. Abrió los rojos labios, dejando ver una doble hilera de perfectísimos dientes.

Su voz estaba en todo de acuerdo con su soberana hermosura. Era de ricos y cálidos tonos, llenos de sonoras caricias.

—¿Quién sois vosotros? —inquirió.

Tardé un poco en darme cuenta de que, aunque oía sus palabras, pronunciadas en un idioma completamente distinto al nuestro, las entendía perfectamente. Lo mismo ocurrió luego con mis compañeros, y mas tarde sabríamos que la raza a la cual pertenecía la mujer, muchacha estaría mejor dicho, a juzgar por su temprana edad, había desarrollado en sumo grado sus poderes telepáticos. Tanto, que conseguía influenciar mis circuitos de raciocinio.

—Me llamo Kabé, y éstos son mis compañeros —contesté, presentándolos uno por uno.

Ella saludó con graciosos movimientos de su linda cabeza.

—¿Y, tú, cómo te llamas? —preguntó May.

—Krisis —contestó.

—¡Repámpano! — exclamó a la sazón el sargento—, Me gusta el nombrecito. Y la propietaria mucho más, por descontado.

Ratigan frunció el ceño.

—¡Hanson, por favor!

Pero Krisis agitó una mano.

—Déjalo, Calvin —murmuró—. Te llamas Mark, ¿verdad?

—Tú lo has dicho, precio… perdón, Krisis — enrojeció Hanson como un colegial.

Ella le palpó suavemente el robusto brazo. Krisis era alta, pero el fornido sargento la pasaba en veinte centímetros al menos. Su aspecto exterior podía ser rudo, pero, evidentemente, era un tipo atractivo — para las mujeres, se entiende.

—Eres alto… fuerte… robusto… —susurró Krisis, acariciándole el espeso cabello —. Y tu pelo es de oro… No hay duda de que eres tú, Mark—y pronunció el nombre del sargento con un indescriptible acento de suavidad.

—Pero, bueno, —refunfuñó Ratigan—, ¿puede saberse quién eres?

La muchacha se volvió, irguiéndose majestuosamente.

—¡Soy Krisis, la reina de este mundo! Cuando vimos que estaba próximo a ser destruido, mis fieles servidores me encerraron aquí, con objeto de que se cumpliese la profecía.

No pudimos evitar una expresión de pasmo en nuestros rostros.

—¿A qué profecía te refieres? — inquirí.

—Este planeta tenía que ser destruido por una cruenta guerra que lo asolaría todo. Pero nuestra raza debía ser salvada y yo debía ser el instrumento de dicha salvación.

Miré de reojo a Hanson. Krisis continuó: —tenía que venir un hombre, procedente de las estrellas, a sacarme del sueño en que fui sumida hace miles de años. Y ese hombre —añadió, mirando cariciosamente a Hanson—, ha llegado ya. Mark, tú compartirás conmigo el trono de Aurus.

El sargento enrojeció.

—Yo… rey de… Aurus… Pero, pero…

Ratigan arrojó un jarro de agua fría sobre las ilusiones de Hanson.

—Rey de un mundo muerto —masculló—. Bueno, no tan muerto; hay unos gusanos que…

—¡Calvin! —gritó May—. Por favor, no nos los recuerdes.

Krisis nos miró extrañada.

—¿A qué animales os referís? —Y cuando se lo hube explicado, meditó unos segundos antes de continuar—: Seguramente habrán nacido como consecuencia del abandono en que quedó Aurus tras la guerra.

—Es muy posible —dije—. Si esa guerra fue a base de explosivos nucleares, la radiactividad hizo entonces de las suyas. Y esos gusanos, que primitivamente habrían cabido en la palma de la mano, son ahora infernalmente grandes.

Krisis me miró con admiración.

—Razonas admirablemente, Kabé —dijo—. Sin duda, debes ser tú el jefe de todos vosotros, ¿no?

Me incliné profundamente.

—Nada de eso, majestad —repuse, dándole el tratamiento adecuado —. Por el contrario, ocupo el último lugar entre todos los seres que estás viendo.

—¿Cómo es posible tal cosa?

—Sencillamente, porque soy un «robot». Una máquina, para decirlo con más claridad. Mi aspecto engaña, majestad.

Los ojos ele Krisis se dilataron enormemente. No se convenció de cuanto le decía hasta que me examinó con la mayor atención y ni aun así me habría creído, de no enseñarle un poco el interior de mi cuerpo. Entonces, retrocedió asustada, refugiándose en los fuertes brazos de Hanson, quien por cierto, la acogió con gran complacencia.

—Vuestra raza ha debido de alcanzar sin duda un elevadísimo grado de civilización —dijo pálida.

—Así es, majestad —repuse—. Y son hombres como éstos los que me

construyeron.

—¡Una máquina que habla… y razona…! ¿Qué maravillas me aguardan?

—Muchas que aún no te imaginas tan siquiera, preciosa —dijo Hanson, todo ufano.

Entonces le tocó el turno a Ratigan.

—Está bien; y puesto que ya sabemos todos quiénes somos, ¿cómo nos las vamos a arreglar para salir de aquí?

—Es cierto —dijo May—. No podemos estar aquí toda la vida.

Krisis sonrió levemente.

—Sin duda tocasteis inadvertidamente alguno de los controles de cierre. Yo lo arreglaré.

Krisis se volvió hacia la cabecera del sarcófago.

Hanson y yo la seguimos.

—Pues vuestra civilización también debía de estar adelantadísima —exclamé—. No creo a los terrestres capaces de construir un mecanismo que pueda funcionar unos cuantos miles de años más tarde.

—Todo es cuestión de habilidad —sonrió, apretando uno de los pulsadores.

La puerta empezó a abrirse.

Instantáneamente, y confirmando mis anteriores suposiciones, la luz metálica desapareció, dejando paso a la del día. Respirando hondo, echamos todos a andar hacia la puerta.

Hanson soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, Mark? —preguntó Krisis.

—De nada preciosa. Estaba pensando en que para ser una mujer con un montón de siglos a la espalda, estás magníficamente conservada.

—Prefiero lo natural —refunfuñó Ratigan. May le dedicó una encantadora sonrisa.

—Gracias, Calvin— dijo.

—Tendremos que darte de comer —exclamó Hanson—. Has pasado mucho tiempo a dieta y aunque para vosotras las mujeres, es cosa buena, pues os ayuda a conservar la línea, considero excesivo...

La verborrea del sargento quedó cortada por una súbita exclamación de Skobic, que iba en cabeza.

—¡Los orugas! ¡No están; han desaparecido!

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Ratigan.

Todos corrimos hacia la puerta, quedándonos mudos de asombro al no ver a nuestros carruajes en el lugar en que los habíamos dejado horas antes. Estaban, si, las señales de las cadenas, pero se perdían en uno de los extremos de la gran plaza que se abría ante nosotros.

—¿Habrán sido los gusanos? —murmuré, aun a sabiendas de que profería una barbaridad. Pero casi al instante tuve la respuesta.

Se oyó una voz estentórea, vibrante, dando una orden categórica, imperativa.

—¡Quietos todos ahí, sin mover un dedo, si no queréis que os abrasemos!

Mis circuitos chirriaron de asombro al ver el inusitado espectáculo que constituía un nutrido pelotón de hombres, avanzando, armados hasta los dientes, hacia nosotros. Formaban un amplio semicírculo, cuyo centro era el lugar en que nos hallábamos.

Ratigan soltó una exclamación. Hanson parecía a punto de estallar.

Traté de contenerles.

—¡Calma, muchachos! No nos conviene cometer una tontería que acaso pudiera traernos consecuencias irreparables. Dejémosles que enseñen el plumero.

—¿Más aún de lo que se les ve, Kabé? —rezongó el profesor.

—¿Quiénes son ésos? ¿Por qué nos amenazan? —inquirió Krisis, naturalmente, doblemente asombrada que nosotros.

—Luego te lo explicaré todo, nena —contestó Hanson—. Ahora..., esperemos.

A mí no me causó la menor sorpresa ver al frente de los instrumentos a Willets, el otro copiloto. Alguno de los que habían sobrevivido a la pelea habida a bordo de la astronave, tenía que ser cómplice de Karanian y los «robots».

Pero en cambio si que me dejó frío el sistema de raciocinio la presencia de na persona que suponía a cuarenta millones de kilómetros de distancia.

Thomas N. López, el vicepresidente del Mando Central Robótico, estaba allí, con una pistola fotónica en una mano y un látigo neurónico en la otra. Sonreía con una perversidad de la cual mis válvulas no le habrían creído capaz.

—¡Vaya! —exclamó—. De modo que aquÍ tenemos a nuestros buenos amigos, ¿eh? ¿Qué tal, doctora Spencer? ¿Profesor? ¡Kabé, mal rayo te parta!

—Gracias, jefe —me incliné.

— ¡Silencio! —estalló López—. Tú eres un «robot» y no debes hablar si yo no te lo autorizo, ¿entiendes?

—Pero yo no lo soy —se adelantó Ratigan—. Señor López, ¿qué es lo que pretenden ustedes de nosotros?

De nuevo volvió a flotar en el rostro de nuestro enemigo aquella sonrisa de siniestra satisfacción.

—¿Qué es lo que buscamos? —repitió como un eco—. ¿Aún no lo saben?

Extendió la mana, trazando un amplio circulo y dijo:

—Pero si está a la vista, profesor.

—El oro, López.

—Exactamente, profesor. Hay aquí oro, mucho oro —murmuró, frotándose avariciosamente las manos— y todo esto nos hará millonarios.

—¿Están seguros de que podrán llevárselo?

López volvió a sonreír una vez más.

—¿Cómo no? Lo difícil era llegar hasta aquí, y gracias a la estatuilla

que sustrajimos del domicilio de la doctora Spencer lo hemos conseguido. Guardaremos el secreto y podremos volver aquí siempre que lo necesitemos.

—Luego entonces... ¡nos han seguido! — exclamó May abatidísima.

—Precisamente, rd querida doctora. Y además estuvimos enterados en todo momento de las incidencias ocurridas a bordo de su nave, gracias a los hombres que llevaba allí. Confieso que la intervención de ese puerco —«ése puerco» era yo—, estuvo a punto de echarlo todo a rodar. Para mis planes convenía más que Karanian y los suyos se hubieran apoderado de la nave en pleno espacio, pero falló. De todas formas, no nos podemos quejar.

—Es usted un criminal reclamado, López — exclamó May, sin poderse contener.

—Palabras, palabras... Eso no me ha molestado nunca. Willets, desármenlos. Abrasad al primero que se oponga.

May suspiró.

—Afortunadamente, están deslindados ya los campos —dijo—. López, ¿qué piensa hacer después con nosotros?

El aludido enarcó interrogativamente una ceja medio pelada.

—¿Usted qué cree? Abandonarlos aquí, naturalmente. Cuando hayamos atiborrado de oro las dos naves, nos largaremos y... Bien, ¿es que no se lo imaginan?

May se estremeció.

—Es horrible, horrible... Un planeta muerto, sin vida...

—Hay unos preciosos gusanos, ¿verdad? —rió siniestramente López—. No está tan desierto este mundo, doctora, Les aseguro que tendrán en qué entretenerse.

May apretó los labios, conteniendo a Ratigan que quería arrojarse, pese a todo, sobre López. Entonces intervino Krisis.

—¿Quienes son éstos? ¿Por qué quieren hacernos daño? —interrogó.

—Pues... —empezó a decir May. Pero López se anticipó.

—¿De dónde han sacado ese monumento? No viajaba con ustedes a

bordo de la nave.

—¡Eso a usted no le importa! —estalló Hanson, y al momento, cayó al suelo retorciéndose. El criminal le había asestado un golpe con el látigo neurónico.

Krisis gritó, arrojándose sobre él, y tratando de calmarlo. Ratigan cubrió de insultos a López, pero éste no hizo el menor caso. Contempló fríamente cómo nos despojaban de nuestras armas y al concluir, me miró de un modo que heló la grasa en mis metálicas articulaciones.

—Kabé —dijo secamente.

—Diga, señor López.

—Eres un «robot» muy peligroso. Te voy a destruir.

May lanzó un grito.

—¡No, no! ¡Por favor, por lo que más quiera!

—¡Cállese! —tronó López—. Aquí el que da las órdenes soy yo, ¿me has entendido? Kabé, acércate.

Soy un «robot», construido por seres humanos y es a los seres humanos, a los que tengo que hacer caso. Sabía que López me iba a destruir, pero no podía hacer nada. Tenía que cumplir con mi primera y más fundamental obligación como máquina: obedecer.

El gesto de López se hizo más perverso que nunca al levantar su pistola fotónica.

CAPÍTULO X

De pronto estalló un fuerte griterío desviando momentáneamente la atención de López. El alboroto procedía del interior del edificio donde había estado durmiendo Krisis durante miles de años.

López frunció el ceño.

Era evidente que sus hombres se habían vuelto locos al ver tantas riquezas allí amontonadas a la libre disposición de quien quisiera tomarlas.

Bajó la mano armada haciendo una mueca.

—Tengo tiempo de destruirte. Kabé —dijo—. Entretanto, te ordeno que no hagas nada sin mi permiso. ¡Willets!

El copiloto era uno de los pocos que habían conservado el sentido común. Avanzó un paso.

—Meta a toda esta gente en un lugar seguro y destaque un par de hombres que los vigilen concienzudamente. Queme vivo al primero que se mueva, ¿me ha entendido?

—Bien, señor López. ¡Vamos, vosotros, andando! Me di cuenta, de que, tanto Willets como los dos hombres que nos escoltaban, obedecían de malísima gana y que sólo el temor a que May y los suyos —yo estaba K.O. a causa de las órdenes de López— se sublevaran si los dejaban sin vigilancia, les impedía unirse a la turbamulta que aullaba, enloquecida, en el interior del templo.

Willets buscó una casa mejor conservada que las demás, en la cual los desprendimientos ruinosos habían dejado únicamente una puerta de entrada, y nos hizo pasar allí. Él y sus dos hombres, dos tipos mal encarados, se quedaron por la parte de afuera, arrojando aprensivas miradas hacia el lugar donde sus compañeros estaban celebrando su áurea orgía.

—Te van a destrozar el sarcófago, nena —dijo Hanson, y Krisis se encogió de hombros.

—Lo que me interesa es salvar la vida de todos —repuso.

—Eso va a ser cosa difícil —murmuró May.

—¿Por qué?

—Una vez que hayan llenado de oro sus naves, se largarán de aquí dejándonos abandonados a nuestra suerte. Y ésta, después de lo que hemos visto, no será muy agradable que digamos.

Ratigan se acercó a May, tomándola protectoramente con un brazo por los hombros. Ella alzó sus ojos con una luz no vista hasta entonces, pero de cuyo significado no podía dudarse. Me alegré por

ellos, ¡caramba!

Un terrible griterío estalló entonces. Instintivamente nos acercamos todos a la puerta. Un pelotón de humanos salió fuera, algunos de ellos pesadamente cargados con grandes planchas de oro.

—¡Bestias! ¡Salvajes! —murmuró el profesor.

López habló agitadamente, echándoles una severa filípica. Alguien se le rió en sus barbas y entonces, el jefe de aquella banda de forajidos sacó su látigo neurónico. Derribó al insolente por tierra, en medio de horribles convulsiones.

Ciego de cólera, siguió golpeándolo, hasta reducirlo a un montón de carne lleno de terribles espasmos. Si aquel infeliz sobrevivía; lo haría convertido en un idiota de por vida.

—Ésta es la respuesta que doy yo a los lenguaraces y atrevidos —aulló López—. ¡Idiotas! Hay en este planeta más oro del que podéis gastar, derrochándolo, en toda vuestra cochina vida, y, en lugar de hacer los preparativos para amontonarlo, os dedicáis estúpidamente a pelearas entre vosotros por la posesión de un poco de metal. ¡Imbéciles! ¡Willets!

El copiloto corrió hacia su jefe. Éste le dio órdenes.

El tiempo empezó a pasar. Además de nuestros dos orugas, trajeron máquinas y herramientas, con las cuales comenzaron a sacar grandes planchas de oro, partidas luego en fragmentos regulares de aproximadamente el mismo tamaño, con unas grandes cizallas de durísimo acero, todo ello con el fin de facilitar la estiba del metal en las naves. Cuando tenían formado un buen montón, lo cargaban en uno de los orugas y éste salía pitando, sin duda en dirección a uno de los aparatos, los cuales no pedíamos ver desde donde estábamos.

Un día dos, tres, cuatro, transcurrieron, antes de que pareciera ceder la sed de oro de los forajidos. Y nosotros continuábamos allí, fuertemente vigilados, sin que la atención de los centinelas hubiera decaído un solo instante.

—Deberíamos hacer algo por evadirnos de aquí —murmuró Ratigan, rompiendo un largo lapso de silencio—. Está ya muy cerca el momento en que estos bandidos se den por satisfechos y entonces...

—Kabé podría ayudamos —sugirió May.

Pero yo moví la cabeza.

—Lo siento —dije—. López me ha prohibido hacer nada en contra suya.

—Pero él es un criminal, Kabé. Tú…

—Mis bobinas nemotécnicas me impiden hacer daño a ningún hombre, May, bien lo sabe usted. Y yo no puedo ir contra de las órdenes del vicepresidente del Mando Central Robótico.

May se plantó en jarras frente a mí.

—¿Qué clase de Ley Robótica es esa que os obliga a obedecer a los criminales en contra de las personas decentes? Kabé, ¿te das cuenta de que no ayudándonos es a nosotros a quienes haces daño?

—Lo sé, pero no puedo hacer otra cosa.

—¡Tú y tus malditas bobinas! — estalló el profesor, lívido de ira.

Lo miré compasivamente.

—Profesor, yo no tengo la culpa de ser una máquina. Es una perra vida la nuestra, compréndalo. Casi todos los apetitos y deseos de los humanos, con la mayoría de sus desventajas, pero sin ningún beneficio a favor nuestro. El que nos inventó flaco favor nos hizo, créame.

—Pero debe de haber algún medio, Kabé —insistió May—. Piensa, fuerza tus circuitos.

—El único remedio positivo que cabe es que López altere sus órdenes. Además, aunque así fuera, ¿habría yo de enzarzarme en una lucha cuerpo a cuerpo con uno de sus forajidos? ¿Podría yo disparar una pistola fotónica contra ellos? Por muy malos que sean, son siempre humanos, mientras que yo soy un «robot». No —agregué meneando la cabeza—, la ley robótica está bien hecha. Son más, infinitamente más, las personas decentes que los bandidos, y aunque fuera para defender a la sociedad, si un «robot» atacara a uno de éstos, podría llegar el momento en que sus circuitos se alteraran y no distinguir ya entre unos y otros. Y eso, convénganlo conmigo, sería terrible.

—Entonces, os destruiríamos —dijo implacable Ratigan.

—Por supuesto. Pero, ¿qué terribles perjuicios no sufriría la sociedad terrestre? Estáis acostumbrados ya a nosotros, a que os hagamos la

mayoría de los trabajos y cada uno de los humanos os sentiríais entonces como faltos de una pierna o de un brazo. No, no puedo ir contra los bandidos.

—Pero —los ojos de May brillaron súbitamente—, al menos puedes ayudarnos y sugerirnos alguna idea. Kabé.

Me permití una desdeñosa sonrisa.

—¿Desde cuándo un humano considera que su cerebro es inferior al de un «robot»?

—Kabé —dijo ella, sin hacer caso del duro reproche—, siempre te hemos considerado como uno de nosotros. Sin tu ayuda, acaso estuviéramos muertos ya. Gracias a ti...

—Gracias a mí y a mis bobinas memorísticas, están todos aquí —dije, conectando el circuito de la amargura.

—Es cierto, Kabé; pero también no es menos cierto que si vivimos es gracias a tu inapreciable ayuda. Sin ir más lejos, el descubrimiento de la conspiración a bordo de la astronave...

La miré con una sonrisa.

—Si yo fuera humano, el profesor no se la llevaba a usted, May. No sabrá apreciar nunca en su justo valor la joya que es usted.

—¡Que te crees tú eso! —refunfuñó el aludido. May sonrió.

—Kabé, déjate de elogios. Piensa algo.

—De acuerdo —suspiré—. Haré algo, pero con una condición.

—Aceptada —exclamó May, entusiasmada.

—Han de prometerme solemnemente —agregué— lo que voy a pedirles.

May alzó su mano, como si estuviese jurando ante un tribunal. —prometido, Kabé.

—No se eche luego atrás, ¿eh?

—Te he dado mi palabra, Kabé, y la cumpliré.

—Está bien. Voy a romper mi ley, pero cuando hayamos terminado, si

logramos triunfar, ustedes me destruirán.

May palideció, dando un pasé atrás.

—¡No, eso no, Kabé!

—Entonces —dije—, lo siento. No puedo hacer nada. Pero, si les ayudo, tengo que atacar a los bandidos, y éstos son humanos. Y todo «robot» que ataca a un humano —fíjense bien, no hay excepción de ninguna clase— debe ser destruido irremisiblemente, sea cual fuere la causa que provocó el ataque.

May se pasó la lengua por los labios. Consultó con la mirada a Ratigan. Éste vaciló.

—¡Ea! —dije chancero —. No soy más que una máquina, y como yo las encontrarán a cientos allá en la Tierra cuando regresen. Voy a empezar, pero no se olviden de su promesa.

Vi brillar una lágrima en los ojos de la rubia.

—Kabé —dijo May—, merecerías ser humano.

Me incliné profundamente.

—Ese —contesté— es el mejor elogio que me han hecho desde que salí de la fábrica. Bueno, allá va.

Volviéndole la espalda, caminé hacia la puerta.

Mis circuitos se recalentaron al máximo. Estaban en contradicción unos con otros, y hubo instante en que llegué a temer un violento cortocircuito o una explosión repentina en la diminuta pila atómica que me daba vida. Me detuve un par de veces. Vacilante, pero al fin a costa de una tremenda elevación de la temperatura interna de mi maquinaria, logré llegar cerca del umbral.

Alcé la voz.

—¡Eh, tú! —llamé.

Uno de los centinelas se asomó. Frunció el ceño al verme.

—¡Fuera de ahí, «robot»!

—Acércate, hombre. Quiero hablarte.

El pandillero movió la cabeza, al mismo tiempo que me encañonaba con su pistola.

—Si das un paso más, maldita máquina, te convierto en un montón de chatarra. ¡Atrás o hago fuego!

Pero, en lugar de obedecer, di un paso hacia adelante. Noté detrás de mí los rostros tensos de mis compañeros.

El forajido apretó nerviosamente la mano.

—¡Atrás, he dicho!

Me detuve. Mis circuitos me impulsaban irresistiblemente a la obediencia, aun sabiendo que ésta podía ser fatal para May y los suyos. Me sumergí, durante unos segundos, en un mar de horribles contradicciones. Noté que mis circuitos estaban tremendamente recalentados, y por un momento deseé su estallido.

Pero de aquellas dudas me sacó inesperadamente una piedra.

¿Una piedra he dicho?

Si, exactamente. Skobic, el pequeño y joven Skobic, obró valientemente, sin temor a las consecuencias. La piedra voló por los aires, impulsada con terrible violencia, e impactó duramente en la frente del bandido, haciéndola crujir siniestramente.

—¡Toma, canalla! —gritó el muchacho. Entonces Ratigan saltó hacia adelante.

El bandido cayó sin pronunciar un solo grito, con la frente abierta por la piedra. El profesor se apoderó de la pistola, justo en el momento en que el otro centinela, alarmado, asomaba la cabeza.

May gritó imprudentemente. El forajido alargó su mano armada, pero la del profesor fue más rápida. Y además lo hizo bien.

En lugar de apretar el gatillo, golpeó la sien de su enemigo con el cañón de la pistola. Hanson, que había volado en su ayuda, lo metió en el interior, habiéndolo tomado en sus brazos, aun antes de que cayera al suelo. .

—¡Rápido! —dije—. Escóndanlo tras un montón de arena.

Varios pares de manos me obedecieron frenéticamente, después de que dos látigos neurónicos hubieron pasado a poder de otros tantos

humanos. Me asomé a la puerta.

Los bandidos estaban atareadísimos desmontando el oro del edificio. Las cizallas trabajaban a toda presión y los orugas hacían frecuentísimos viajes a las astronaves. Era evidente que no tardarían mucho en dar por concluida su tarea.

El golpe de mano había sido dado con tanta fortuna, que ninguno de los forajidos había tenido tiempo de enterarse de nada. Aliviado, noté que la temperatura interna de mis válvulas había descendido notablemente. Si ahora los humanos eran capaces de apañárselas…

Ratigan y Hanson dirigieron la operación. Tenían que tomarlos por sorpresa y lo consiguieron.

El sargento levantó una mano, apuntando con infinito cuidado. Había un hombre manejando una pequeña grúa, la cual alzaba en aquellos momentos un grupo de pesadas planchas de acero. Se vio un chispazo de luz.

El operario de la grúa desapareció en medio de un deslumbrante fogonazo. El paquete de planchas cayó.

Aplastó a un par de hombres, cuyos chillidos de angustia fueron apagados bien pronto por la muerte que acudió a ellos compasiva.

Ratigan y Hanson echaron a correr hacía los orugas. Uno de los conductores se puso en pie. Pero el profesor se anticipó fulminándolo. Skobic se hizo cargo del mando del vehiculo, poniéndolo en marcha.

Los orugas levantaron una verdadera polvareda al arrancar con terrible fuerza. El vehiculo lanzó un prolongado bramido.

La alarma había estado ya dada. Un numeroso golpe de gente salía del edificio, tratando de averiguar lo que sucedía. Fuertes descargas de Ratigan y Hanson abrieron ancho claro en las filas.

El otro vehículo, guiado por uno de los pandilleros, se arrojó sobre los dos jefes de la sublevación. Voló hacia ellos, amenazando con aplastarlos.

De súbito se interpuso el que conducía Skobic. Los dos tractores chocaron con terrible estampido, oscilando peligrosamente. Sus respectivos conductores fueron arrojados hacia adelante.

Pero Skobic, que a fin de cuentas, había estado prevenido, fue el

primero en reponerse. Saltó sobre el otro tractor, y empezó en una lucha cuerpo a cuerpo con el tipo que lo conducía.

El resultado no podía ser más que uno. La juventud y la fortaleza de Skobic se impusieron, y el joven utilizó además, con terrible eficacia, los métodos de lucha cuerpo a cuerpo, aprendidos en los campos de instrucción de la Infantería de Marina. El forajido volteó por los aires y fue a caer casi exánime a los pies de Larry González, el cual se recreó utilizando despiadadamente su látigo neurónico.

Cogidos de sorpresa los bandidos, fueron eliminados con relativa facilidad. Como es de suponer, aquello no se logró sin bajas y dos o tres de los nuestros desaparecieron convertidos en relámpagos. Pero al fin no quedó más que uno, en cuyo convulso rostro vimos concentrado todo el odio que sentía hacia nosotros.

Dándose ya por perdido, López echó a correr alocadamente por una de las calles laterales adyacentes al templo. Hanson implacablemente, levantó su mano.

Detuve el gesto.

—No —dije—; Hay que apresarlo. Deberá dar cuenta en la Tierra de sus crímenes, ¿comprende?

El sargento apretó los labios y acto seguido echó a correr. Ratigan, yo y unos cuantos, le seguimos.

Gritamos fuertemente, tratando de detenerle, pero todo fue inútil. López dobló una esquina, lo cual me hizo emplear un vocabulario impropio de un «robot». Si conseguía esconderse entre las ruinas, podíamos darlo por perdido. Y yo tenía verdadero empeño en que ningún alto cargo del Mando Central Robótico pudiera hacer con nosotros lo que había hecho aquel supercriminal. Debía ser apresado vivo, costase lo que costase.

Pero no pudimos conseguirlo. Súbitamente sonó un grito horrible.

Todos nos detuvimos un instante, mirándonos espeluznados. Sin embargo, reanudamos la marcha instantáneamente.

Dimos la vuelta a la esquina y lo que vimos erizó el cabello de los humanos. Alguien, y no mujer precisamente, sollozó histéricamente. Aquello era demasiado hasta para los nervios más templados.

López había sido sorprendido y atacado por uno de aquellos enormes

gusanos, un gigante dentro de su especie, que mediría al menos ocho metros de longitud por más de dos diámetro. Ya tenía medio cuerpo dentro de las fauces del monstruo, y lo más horrible de todo era que veíamos, a través de aquella repugnante transparencia, las piernas y la mitad del tronco de López agitándose frenéticamente dentro del cuerpo de la fiera. Horribles ronquidos salían de la garganta del criminal.

—¡Esto es demasiado! —chilló Ratigan, apuntando con su pistola.

El disparo abrió un negruzco orificio en el costado del gusano, el cual se agitó un momento epilépticamente.

Pero siguió devorando a López. Súbitamente, un trozo, el delantero del cuerpo de la bestia, se tiñó de escarlata por dentro, y todos comprendimos lo que ocurría. Mis válvulas chirriaron estrepitosamente. Una bobina se me fundió.

López dejó de moverse cuando todo su cuerpo desapareció en el interior del monstruo. El color rojo empezó a esfumarse y el cuerpo de López, también. Comprendimos que pese a nuestros disparos, los poderosos jugos gástricos de la fiera estaban disolviendo su presa humana.

Afortunadamente aquel horror no duró mucho.

Aumentamos frenéticamente la potencia de nuestras descargas, y pronto el gusano quedó reducido a una repelente masa, hedionda y nauseabunda, de carne negruzca y humeante. Tambaleándonos como borrachos, nos retiramos de aquel lugar de pesadilla.

* * *

Todo estaba ya dispuesto para la partida. La expedición se dividió en dos partes, con objeto de llevar las dos astronaves a la Tierra. May y Ratigan, con Larry González como piloto, viajaban en una de ellas, con un par de «marines» como auxiliares. Yo, con Hanson, Krisis y el resto, en la otra.

Antes de partir, me acerqué al profesor y a May.

—Bueno —les dije—, celebro que todo haya salido bien.

—Gracias a ti, Kabé —sonrió ella dulcemente, apoyada su hermosa cabeza en el ancho hombro de Ratigan.

—Espero su invitación, profesor —dije—, y luego, agregué suspirando —: No sé qué me ocurre, pero alguien infiltró en mis válvulas la afición a los casamientos. Éste ya es el segundo en que intervengo desde que me fabricaron.

Ratigan y May sonrieron.

—Por supuesto, tú serás uno de los invitados de honor, Kabé.

—Y me parece que el sargento tendrá que hacer algo parecido —añadió el profesor.

—Tendré que gastarme todas mis ganancias en los regalos —dije— Bueno, al profesor Crandon y a su esposa, también tendré que obsequiarles.

—En lo que a mí respecta —dijo May —, te cedo toda mi parte. Yo ya tengo todo lo que necesito —y miró apasionadamente a Ratigan.

Afortunadamente carezco de riego sanguíneo artificial. De lo contrario, me habría puesto encarnado hasta las orejas. Y, fuera donde fuera, tenía que ver lo mismo, pues Hanson y Krisis se pasaban el día arrullándose.

Los demás se distraían haciendo cálculos acerca de cuánto podía corresponderles de su parte del botín. Por supuesto, cada uno de ellos volvía millonario.

—¿Y tú qué harás? —me preguntó una vez, durante el viaje de regreso, cuando ya nos acercábamos a los linderos del Sistema Solar, el sargento Hanson.

Me froté la barbilla, en un gesto típicamente humano.

—Pues… ¿para qué rayos quiere un «robot» tanto dinero? Lo repartiré todo entre ustedes. Hanson, usted debe compensar a Krisis por la pérdida de su mundo. Ella confiaba en reinar allí al despertar y se lo encontró muerto, deshabitado.

Krisis sonrió.

—Eres muy amable Kabé; pero ya tengo cuanto deseo —y clavó sus negras pupilas en las del sargento.

Refunfuñé un poco.

—Si, claro… Todo el mundo tiene lo que necesita… Unos amor, otros riquezas… y yo…

Bueno, pero, ¿de qué podía quejarme siendo una máquina?

Lo único que quería era llegar cuanto antes a la Tierra. Había un nuevo aceite para engrasar, que debía estar riquísimo. Y yo estaba loco por probarlo.

FIN

El castigo de Erk

Clark Carrados

Ark y Erk eran dos vigilantes siderales.

Ark era ya un veterano de las celestes rutas del Espacio, en tanto que Erk era un novato. En aquella ocasión le correspondía hacer su primer recorrido, llevando a Ark como jefe de pareja.

Emprendieron el camino, levantando con sus pies intensas nubes de polvillo brillantemente iluminado. Durante largo tiempo, un tiempo que no se puede medir con los relojes corrientes, porque para dicha clase de tiempo sólo hay un reloj, caminaron pacíficamente.

De pronto un puntito brillantemente iluminado les salió al paso.

Ark y Erk se acercaron. El primero ya sabía de qué se trataba. El segundo, con gestos que levantaban miríadas de polvo brillante, exclamó:

—¡Mira, Ark! ¡Vaya un globo más raro!

—Déjalo, Erk no lo toques —le recomendó sensatamente su compañero.

Pero Erk no hizo caso. Se le veía muy excitado.

—En mi vida he visto nada igual. ¡Fíjate en eso, Ark!

Con la punta del dedo índice, Erk tocó un lugar de aquel globo, que giraba lentamente en la oscuridad del espacio, retirándolo; en seguida vivamente.

—¡Caramba! ¡Qué frío está ese trozo tan blanco...!

Ark le reprendió suavemente.

—Te dije que no lo tocaras, Erk. Hazme caso, por favor. Míralo todo cuanto quieras, pero no acerques más tu mano a esa esfera.

La esfera en cuestión daba lentas vueltas en torno a si misma, relflejando una luz plateada, con destellos verdeazulados de singular belleza. En el lugar donde la luz desaparecía para dejar paso a la parte no iluminada había un borde rojizo, pero no uniforme, sino con tonalidades que variaban del rojo púrpura, casi violeta, al amarillo anaranjado.

Erk se arrodilló, aproximando más su faz a aquella pelota.

—Ark, mira, qué animalitos. ¡Vaya una manera de correr! ¡Cómo se afanan, yendo de un lado para otro!

—Sí, son muy trabajadores. No paran nunca.

Siempre de aquí para allá y de allá para aquí. En cuanto el segmento de esfera en que se hallan sale a la luz, comienzan a moverse y no se detienen hasta que desaparecen por el lado opuesto. Y aun así, se están moviendo en la oscuridad, junto a esas lucecitas que ves tan diminutas, hasta que sólo les falta menos de la mitad de camino para volver de nuevo a la luz.

—¿Y qué hacen, Ark?

—Oh, pues trabajar y buscar comida, supongo.

Nunca me preocupé de ello.

—¡Fíjate, fíjate, Ark! Mira cuántos se han juntado aquí en un momento! ¿Qué hacen?

—¿Quién sabe? Acaso estén presenciando una pelea entre dos de ellos. Son muy aficionados a la lucha, Erk.

—¿Y mueren en la pelea?

—No, por regla general, ya que tratan de que sus luchas sean incruentas. Sin embargo, y a pesar de las prevenciones a veces fallecee uno de los contendientes. Sin embargo, en algún punto de ese globo, que quizá puedas ver fijándote con un poco de atención, verás dos animales luchando hasta que uno de ellos muere, atravesado por el aguijón del otro, el cual, generalmente, tiene un brillante caparazón. A veces, éste es herido o muere; pero estos casos son mucho más infrecuentes.

—¡Caramba Ark! Lo que dices me preocupa. Esos bichos deben de ser muy feroces y sanguinarios.

—Lo son, Erk, lo son. Generalmente, disimulan sus sentimientos, pero en el fondo de su cuerpo, en donde tienen los órganos sensitivos, anidan repulsivos sentimientos de destrucción y matanza, que se manifiestan con cierta periodicidad. Entonces luchan millones de ellos entre si, y mueren igualmente millones. Unos, por las heridas recibidas en combate; Otros, porque los que están peleando no pueden buscar comida para los no combatientes, quienes mueren precisamente por esa causa: por falta de alimentos.

—Pues si que es divertida la vida en ese mundo.

Por nada de estos espacios quisiera que me enviaran ahí como castigo

—Si no dejas de tocar esa prominencia, que sobresale más que las demás, te estoy viendo en ese globo, corriendo de un lado a otro sin parar, Erk.

El aludido retiró vivamente la mano. Prosiguió:

—¡Mira, Ark, mira! —dijo muy excitado, señalando otro lugar de la semibrillante esfera —. Se están peleando.

Ark asintió calmosamente.

—Exacto. Esa mísera bola ha dado ya varias veces la vuelta en torno al globo de donde recibe la luz y el calor, y en ese punto se siguen

matando, en lugar de agradecer al Todopoderoso Dueño del Espacio los beneficios que tan continua como inmerecidamente, están recibiendo.

Erk se enfureció.

—Son unos ingratos, Ark Me gustaría darles su merecido.

Y levantando su mano, trató de descargar un golpe contra el globo, pero Ark tuvo la suficiente rapidez para intervenir a tiempo. La mano de Erk rozó apenas la esfera, cuyo giro continuó inmutable, en aquella negra oscuridad, surcada por millones de diminutos puntos luminosos.

—Erk —le reprendió una vez más, con toda la paciencia de que era posible su compañero—, no debieras haber hecho eso. Sin duda habrás causado muchos males a los habitantes de esa esfera, a muchos de ellos sin merecerlo. No todos son malos. Hay muchos buenos, más de los que tú te figuras. Trabajan, se afanan para alimentarse ellos y sus familias, y saben agradecer al Todopoderoso Dueño del Espacio las mercedes que reciben. Quizá tu gesto haya matado alguno de ellos, Erk.

—¡Oh, no quise hacerlo, Ark! Fue un movimiento impensado…

—Lo supongo, Erk, lo supongo. Pero tu obligación es vigilar el espacio y procurar que los astros que flotan en él cumplan las disposiciones del Señor de Todos los Mundos, sin preocuparte de lo que hagan o dejen de hacer los moradores de dichos mundos. Sólo debes procurar que no choquen entre si y se alteren las leyes de la Celeste Mecánica. Eres aún joven, Erk, y te falta experiencia, llevas poco tiempo en este oficio.

—¿Crees que seré castigado por lo que he hecho, Ark?

—Mucho me temo que si, pero ignoro cuál será la pena. Ea, no te preocupes, pues ello no conduce a nada. Y ahora, vámonos; habremos de dar cuenta al vigilante jefe de lo ocurrido.

Las dos figuras continuaron su camino, dejando tras sí una luminiscente estela compuesta de billones de minúsculos puntos de luz…

* * *

Al día siguiente, en la Tierra, los periódicos agotaron todos los tipos de gruesas letras, dando cuenta de catástrofes sin cuento.

Un prematuro deshielo había arrojado espesas bandadas de «icebergs» contra las flotas pesqueras de Terranova y Groenlandia, hundiendo numerosos barcos pacíficamente entregados a las faenas de la pesca, y causando pérdidas gravísimas, por la cantidad, de vidas humanas.

En el Himalaya, unos súbitos temblores de tierra, de una violencia indescriptible, habían causado espantosas catástrofes, sepultando varios pueblos del Nepal, con todos sus moradores, y haciendo, según más tarde comprobarían los topógrafos, que la cumbre del Everest descendiera un par de cientos de metros bajo su nivel habitual.

En Argelia se reanudó la guerra, con una ferocidad inconcebible argelinos y franceses luchaban a muerte, sin dar ni pedir cuartel, con un ensañamiento como jamás se había visto en ninguna de las innumerables guerras porque había pasado la Humanidad desde el principio de la vida en el globo.

Formidables huracanes, con vientos de grandísima fuerza, habían devastado las costas de Florida, en los Estados Unidos, arrasando ciudades enteras en la costa, y causando millares de muertos, en una catástrofe sin precedentes, que había sumido en el luto a la nación entera. Luego, los vientos habían continuado, con una velocidad jamás conocida, atravesando el Pacífico, en el cual dejaron ancho rastro de barcos naufragados, hasta llegar al Japón, en donde igualmente causaron un sinnúmero de catástrofes y desastres.

Los terremotos del Himalaya se habían propagado, subterráneamente hasta llegar al fondo del Mediterráneo, el cual se agitó violentamente en la superficie, a impulsos de los movimientos sísmicos, provocando olas de sesenta y más metros de altura, que devastaron las costas de las naciones ribereñas. Valencia, Barcelona, Marsella, Génova, y muchas ciudades costeras más, se vieron invadidas por las aguas, hasta cientos de metros al interior. Las pérdidas de vidas y las destrucciones sufridas, fueron colosales, y si no se recordaba otra catástrofe que pudiera parecerse con la anterior era, sencillamente porque jamás se había producido nada remotamente semejante en el viejo mar.

* * *

Y en una habitación de un semiderruido hospital en Tampa (Florida - EE. UU.), un niño pataleante y lloroso, recién asomado a un mundo que parecía a punto de sucumbir, asombró a los médicos y enfermeras con la violencia de sus llantos, que más parecían una protesta por haber venido a este mundo tan lleno de desgracias.

Al fin calló, arrullado por su madre, la cual lo contemplaba con infinito amor, orgullosa del ser que acababa de traer a la Tierra.

—*Y ese fue el castigo de Erk.*

FIN